peregrinos de esperanza

Guía del peregrino

Jubileo ordinario del año 2025



Comisión Episcopal para el Jubileo 2025

Guía del peregrino

Jubileo ordinario del año 2025

Editado por
Francisco Julián Romero Galván

Editorial EDICE | Madrid 2024

Con censura eclesiástica

Imprimatur

✠ Juan Antonio Martínez Camino
Obispo auxiliar de Madrid
7 de noviembre de 2024

© Conferencia Episcopal Española
© Editorial EDICE
Edificio «Sedes Sapientiae»
28033 Madrid
Tlf.: 91 171 73 99
edice@conferenciaepiscopal.es

Primera edición: Madrid 2024

Imprime: Campillo Nevado
Desierto de Tabernas, 8
28320 Pinto (Madrid)

Depósito legal: M-25031-2024
ISBN: 978-84-19797-27-8

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier forma y por cualquier medio sin autorización expresa, bajo pena de incurrir en la violación de los derechos de propiedad intelectual.

Impreso en España - Printed in Spain

Sumario

Presentación
Francisco Julián Romero Galván 7

Oración del jubileo
Francisco 9

Introducción
Mons. Bernardito Auza 11

Peregrinos de Esperanza
Mons. Luis J. Argüello García 19

Jesucristo, esperanza nuestra
Mons. José Rico Pavés 27

Celebrar la fe de la Iglesia
Mons. José Leonardo Lemos Montanet 47

Compromiso social del Jubileo 2025.
Dispuestos a cambiar el mundo
Mons. Jesús Fernández González 63

Sobre la concesión de la indulgencia durante
el jubileo ordinario del año 2025 convocado
por su santidad el papa Francisco
Angelo Card. de Donatis
Mons. Krzysztof Nykiel 81

Examen de conciencia 91

Celebración penitencial 99

Proyecto social para el Jubileo 2025. Víctimas de trata de personas y explotación sexual y laboral
María Francisca Sánchez Vara..... 107

Lectio divina del encuentro de Jesús con Zaqueo..... 115

Apéndice oracional 121

Índice 143

Presentación

Francisco Julián Romero Galván
Director del Secretariado del Jubileo 2025 de la CEE

Tiene usted en sus manos la guía del peregrino para el Jubileo 2025. Como peregrino de esperanza está invitado a vivir un verdadero y auténtico encuentro con Jesucristo que transforme su vida, le ayude a convertirse, a experimentar la misericordia de Dios y a ser signo de misericordia para aquellos con los que tiene diferencia o de quienes está separado. Peregrinar es hacer un camino exterior que expresa el camino interior que renueva la vida y la hace ser según el plan y el proyecto de Dios. Piense que el jubileo debe animarlo a construir el reino de Dios en su entorno, siendo promotor de esperanza, especialmente para los que la han perdido.

En esta guía encontrará una ayuda para su peregrinar. Unas palabras significativas del representante del papa Francisco en España; la explicación del lema jubilar por parte del presidente de la Conferencia Episcopal Española; tres reflexiones-catequesis que ayudan a profundizar en los aspectos significativos del jubileo: una sobre Jesucristo que es el camino, la verdad y la vida con el que nos encontramos y cuya presencia experimentamos; otra sobre la celebración litúrgica a la que estamos invitados a participar en este tiempo santo; y la tercera, el compromiso social que trae consigo la vivencia personal y comunitaria del Jubileo de la Esperanza. Estas tres reflexiones están guiadas de la mano de los obispos don José Rico,

don Leonardo Lemos y don Jesús Fernández respectivamente. Seguidamente encontrará el documento de la Penitenciaría Apostólica sobre las indulgencias, un examen de conciencia, una celebración penitencial, una *lectio divina* sobre el encuentro de Jesús con Zaqueo; antes de finalizar con el apéndice oracional, aparece indicada la obra social que queremos apoyar para este jubileo en España y la manera de contribuir económicamente como peregrinos a la misma.

Ojalá que esta guía pueda ser una ayuda que permita vivir el jubileo y la peregrinación jubilar. Que Jesucristo, el Dios que se hizo carne hace 2025 años, nos ayude a seguirlo, amarlo e imitarlo en nuestra vida. María, la Virgen de Belén, nos acompañe en este peregrinar de esperanza.

Oración del jubileo

Papa Francisco

Padre que estás en el cielo,
la *fe* que nos has donado en
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de *caridad*
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada *esperanza*
en la venida de tu reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del jubileo
reavive en nosotros, *peregrinos de esperanza,*
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz
de nuestro redentor.
A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.
Amén.

Franciscus

Introducción

✠ Bernardito Auza
Nuncio apostólico en España y Andorra

Esta *Guía del Jubileo 2025,* querido lector, está ideada como instrumento que acompañe tu peregrinación para obtener la gracia espiritual del jubileo ordinario que ha convocado el santo padre en la fiesta de la Ascensión del Señor, el 9 de mayo de 2024, con la bula *Spes non confundit.* Desde el contexto navideño del 24 de diciembre de 2024, hasta el 6 de enero de 2026, fiesta de la Epifanía del Señor, permanecerá abierta la puerta Santa de la basílica de San Pedro en Roma.

Como representante del papa Francisco en España, acojo con mucho gusto el ofrecimiento deferente del Secretariado para el Jubileo 2025, invitándome a abrir estas páginas. Como vehículo de la Conferencia Episcopal, el gesto viene a señalar el vínculo del episcopado con el sucesor de Pedro. A la vez me permite subrayar el vivo deseo del pontífice, su llamado a fortalecernos con el «encuentro vivo y personal con el Señor Jesús Puerta de Salvación»[1] e infundir en el ánimo el compromiso evangelizador activo, en medio de la sensación de «imprevisibilidad del futuro»[2] que hoy percibe nuestro mundo.

Se evangeliza infundiendo esperanza. El santo padre, al convocarnos, afirma que «la esperanza constituye el mensaje

[1] *Spes non confundit,* 1.
[2] *Ibid.*

central del jubileo»[3]. De esta virtud teologal el papa ya había dicho:

> Quizás sea la virtud que menos se entiende, pero *es la más fuerte.* La esperanza: vivir en esperanza, vivir de esperanza, *siempre mirando adelante con valentía.* Alguno podrá decirme: «Sí, padre, pero hay momentos duros, donde todo parece oscuro. ¿Qué debo hacer en esos momentos?». «¡Agárrate a la cuerda y amárrate!». Debemos hacernos esta pregunta: ¿cómo soy yo? *¿Cómo es mi vida de fe?* ¿Es una vida de horizontes, de esperanza, de valentía, de ir adelante, o es una vida tibia que ni siquiera es capaz de soportar los malos tiempos?

«Que el Señor nos dé la gracia para superar nuestro egoísmo, porque los cristianos cerrados, los *cristianos "estacionados" son egoístas.* Se miran solo a sí mismos, no saben levantar la cabeza para mirarlo a él. Que el Señor nos dé esta gracia»[4]. Ocasión propicia para ello será este jubileo. «La esperanza no defrauda» porque se funda en «el amor que brota del corazón de Jesús traspasado en la cruz»[5], lo anuncia y lo hace creíble.

Para la Iglesia, los jubileos recuerdan, unos el misterio de la encarnación al cumplirse cien, cincuenta o veinticinco años. Otros, con el mismo cómputo, conmemoran la obra de la redención. El año jubilar 2025, advierte el papa, hace memoria del Gran Jubileo del 2000 que abrió el tercer milenio, pero, a la vez, viene a preparar el próximo Gran Jubileo, el de la Redención, que será el año 2033 (cf. Bula, 6). Necesitamos a Cristo, que es nuestra referencia de vida. Necesitamos la gracia que él nos mereció acampando y peregrinando entre nosotros desde su encarnación hasta su pasión y muerte.

---

[3] *Ibid.*

[4] Meditaciones *Domus Sanctae Marthae* (17-1-2017).

[5] *Spes non confundit,* 3.

Los méritos de este trayecto[6], junto con los de su Madre y de todos los santos unidos a él «que es nuestra cabeza» (Col 1,18), los entrega Cristo a su Iglesia, y esta los dispensa a sus hijos en esta peregrinación con la indulgencia plenaria o parcial. El fin de este camino presente es la vida eterna que Cristo inaugura con su resurrección gloriosa. Él logra en nosotros la vida nueva que quiere darnos con la efusión de su misericordia. Por eso nos ayuda pensar, como es en realidad, que, mientras nos acompañe el tiempo y la salud, el mismo Señor es quien nos invita a andar, a caminar. No por ello quedarán excluidos de ganar el jubileo los enfermos e impedidos como en esta Guía se declara. No dejarán de obtener la misma gracia de la indulgencia ofreciendo sus dolores y limitación al Señor.

Además de la basílica de San Pedro y otras basílicas de Roma, centro de la vida de toda la Iglesia universal, en cada diócesis, desde el 29 de diciembre de 2024 al 28 de diciembre de 2025, podrá ganarse el jubileo en la santa iglesia catedral y las concatedrales. Y, además, en lugar señalados por el obispo diocesano al que cada fiel, bien uniéndose a otros o bien personalmente, puede dirigirse. Son lugares sagrados privilegiados por ser de suyo referenciales en cada parte de la geografía diocesana atrayendo a los fieles significativamente a lo largo del año.

Caminar es salir, es, sobre todo, apreciar y disponerse a recibir lo que él mismo nos quiere dar, la gracia de un amplio perdón. Yendo a ganar el jubileo a los lugares designados, correspondemos a las inspiraciones del Señor, apreciando los tesoros con los que desea enriquecer nuestras almas, los dones de su misericordia. Peregrinar es una forma de expresar nuestra fe. En la peregrinación se retrata la condición del hombre que

---

[6] Cf. constitución apostólica *Indulgentiarum Doctrina,* 5; *Spes non confundit,* 23.

pasa, que camina, que supera y que busca su meta conforme a su condición de criatura, condición de necesitado. Por eso «todos esperan»[7]. La más grande y fundante necesidad es el amor, y este se nos revela en forma y modo en la misericordia que abraza todos los aspectos de la vida. A todos ellos llega la eficacia del amor de Cristo. Peregrinar es volver a nuestras raíces, recuperar nuestra identidad más profunda, ponerse en camino.

Al abrir la bula que convoca a la marcha jubilar, como hemos advertido ya, el santo padre califica el estado presente de «imprevisible». El papa mismo, en la homilía de la solemnidad de la Ascensión del Señor, hace de este punto de situación, un marco clave. Toda «imprevisibilidad» conlleva una inquietud. Esa «inquietud» radica en el corazón humano. El miedo no es su aliado. Pero sí la esperanza comprometida. El papa subraya por ello la importancia de la paciencia[8], teniendo en cuenta que, la inquietud por la solución de los problemas inmediatos, por urgentes que estos sean, no debe ocultar la inquietud más profunda. La del sentido de la vida y de la existencia. Es aquí, en este punto, donde la Iglesia, que alaba y apoya las iniciativas ante los desafíos más concretos de lo cotidiano, y las incentiva invitando a la creatividad positiva, al mismo tiempo comprende que su misión trasciende, no se agota en esa dimensión, a la que, en cada momento, ha de infundir el carácter dinamizador de una fe comprometida y coherente. La tarea de la Iglesia está en orden a la salvación, ofreciendo la fe que ha recibido, y le da el ser, con los tesoros y medios sacramentales con los que el mismo Señor la dota como instrumento eficaz, capaz de trasformar a las personas y a nuestro mundo en la construcción de la sociedad de la jus-

---

7 *Ibid.,* 1.
8 *Ibid.,* 4-5.

ticia y del amor. En el jubileo, el sacramento de la penitencia o confesión es esencial.

Valorando cuanto hay de bueno, la Iglesia lleva a perfección en la entrega de los cristianos en el espacio de su vida. Y *lo hace en la perspectiva de la dimensión espiritual de la persona y su condición de redimido.* Por eso, este es, en específico, el núcleo esencial de todo jubileo. Considerar la posibilidad de volver a encontrarse serenamente con Jesucristo, único salvador del hombre. La amistad de Dios, su gracia, la vida que él nos ofrece, es la única en la que pueden resolverse las aspiraciones más nobles y profundas del corazón humano, porque «todos esperan».

Podemos decir en clave existencial que, en lo íntimo del corazón, surge el deseo de protegerse, de proteger el hogar; surgen también los interrogantes ante la guerra y el dolor, y el temor del porvenir incierto. Pero, también, se levanta del alma el deseo de lo que necesita de forma más profunda, de Dios, de su misericordia, del amor que no pasa, que es fiel, que se ocupa y se preocupa, de manera que, cuando en nuestra vida nos encontramos con ese amor misericordioso y lo correspondemos con delicadeza y fielmente, entonces, nosotros cambiamos nuestro ambiente, lo elevamos y hacemos más digno de las personas. Así, la proclamación de la soberanía del Señor sobre todas las cosas va unida al fortalecimiento de la familia en la unión de los esposos, la generosidad y cuidado de la vida desde su concepción hasta su natural desenlace, la educación de los hijos, la sensibilidad por las contingencias de una justicia social, a poner el amor a Dios y al prójimo hasta la abnegación propia. También, el cuidado por la casa común con el «respeto de la creación»[9].

[9] *Ibid.,* 25.

Por eso, el papel de la Iglesia en las tareas urgentes del mundo presente no está en ofrecer soluciones, pero sí en responder a los graves desafíos con el encuentro con Cristo y el consecuente amor fraterno. Por eso, con esta importancia espiritual y fundante del jubileo, el santo padre desea también hacernos comprender en el *significado pastoral* de este mismo evento de gracia. La esperanza es una llamada a «remediar las causas que originan las injusticias», y estas se hallan al interior de cada uno, y de cada grupo o colectivo. Es al corazón a donde quiere llegar el Señor. En el encuentro con él, en el don del propio corazón, viene a convertirse en activo instrumento suyo, con la alegría del que encuentra el sentido de las facultades más altas de su condición humana.

Al buscar el perdón y la reconciliación con Dios que, ampliamente nos otorga el jubileo convocado, nos pone en guardia del «odio» determinante de la quiebra en la orientación de las exigencias más íntimas. Cada uno de nosotros puede ser testigo de esperanza, esperanza de un mundo en el que los hombres nos demos la mano y caminemos en concordia, con más paz y mejores relaciones de unos para con otros.

Es así como los miembros de la Iglesia se han situado ante la necesidad humana. Unas veces cuidando al enfermo, otras compartiendo los conocimientos para progresar en la vida, otras dando de lo que se tiene en la medida que se puede; en fin, regalar amor sin pensar en las diferencias culturales, geográficas, de ideas políticas, de razas. Si nuestros sentimientos son los del corazón de Cristo, perdonemos como él perdonó, obedezcamos como él obedeció, suframos como él sufrió, amemos como él amó. Nuestra misión es hacer pasar el amor de Dios a través de nosotros a los demás. Un amor que es paciente, que no se ensoberbece, que no se irrita, que no piensa

mal, que se goza con la verdad, que todo lo soporta, que no se acaba nunca.

Desde esta perspectiva, el santo padre alienta en la bula del jubileo acciones concretas que confirmen en la práctica el deseo de la paz, el deseo de los jóvenes de engendrar nuevos hijos e hijas perspectiva de futuro a toda la sociedad, la preservación de la vida, desde la vida de los no nacidos y por nacer, hasta la de los enfermos y ancianos. Propone el papa mirando las condiciones de porvenir para los jóvenes y la dignidad humana una «alianza social para la esperanza inclusiva y no ideológica»[10] que respete los derechos humanos, el estado de necesidad de los pobres y migrantes. El respeto a los encarcelados con la propuesta a los gobiernos para que, en el año santo, se emprendan «formas de amnistía o de condonación de la pena […], itinerarios de reinserción en la comunidad a los que corresponda un compromiso concreto en la observancia de las leyes»[11]. También, la constitución de un «fondo mundial para acabar de una vez con el hambre y para el desarrollo de los países más pobres» y «condonar las deudas de los países que nunca podrán saldarlas»[12].

Cuantos nos ponemos en el camino del jubileo,

> elevemos nuestro corazón a Cristo, para convertirnos en cantores de esperanza en una civilización *marcada por un exceso de desesperación.* Con los gestos, con las palabras, con nuestras elecciones cotidianas, con la paciencia de sembrar un poco de belleza y de amabilidad en donde quiera que estemos, queremos cantar la esperanza, para que su melodía haga vibrar las cuerdas de la humanidad y despierte en los corazones la alegría, despierte la valentía de abrazar la vida[13].

---

10 *Ibid.,* 9.
11 *Ibid.,* 10.
12 *Ibid.,* 16.
13 Homilía de la Ascensión del Señor (9-5-2024).

En esta perspectiva de la fe, nos alegramos con el santo padre por la coincidencia del jubileo. El aniversario, ya milenario, del primer Concilio ecuménico, el de Nicea[14]. Se cumplen mil setecientos años. Será ocasión de proclamar con todos los cristianos a Jesucristo «consustancial» con el Padre, como hizo Pedro en Cesárea de Filipo: «Tú eres el Cristo el Hijo del Dios vivo» (Mt 16,16).

Unidos al santo padre, pidiendo al Señor por su misión al servicio de la Iglesia universal, invocamos la intercesión de la santa Madre de Dios, para que, con su intercesión, podamos «redescubrir la esperanza, anunciar la esperanza y de construir la esperanza». Que el Señor nos bendiga abundantemente y la gracia del jubileo, tocando el corazón, nos ayude en las tareas urgentes del milenio ya comenzado para, como el profeta, «construir, edificar y plantar» (Jer 1,10). Nos acompaña la Bienaventurada Virgen María, Madre de la Esperanza.

[14] *Spes non confundit,* 17.

Peregrinos de Esperanza

✠ Luis J. Argüello García
Arzobispo de Valladolid
Presidente de la Conferencia Episcopal Española

Podríamos decir que unir peregrinación y esperanza es una tautología. El peregrino se pone en camino porque tiene la esperanza de llegar al lugar donde la peregrinación culmina. Sabe ya, al disponerse al salir al camino, que lo decisivo ya está preparado y dispuesto para él antes de salir.

Peregrinar es una actividad humana emparentada con otras similares que suponen también desplazamiento de un lugar a otro. Las personas, a veces, salen de su casa obligadas por las situaciones económicas, políticas o religiosas. Hay movimientos migratorios que expresan la huida de una situación o la búsqueda de una solución para los problemas de la vida. Cuánta gente se mueve en fines de semana o en vacaciones en viajes recreativos o turísticos con el afán de conocer o divertirse. La peregrinación es algo distinto, es verdad, en ella también hay una búsqueda, un deseo de conocer, pero sobre todo hay una esperanza que brota del amor descubierto en la fe.

En los viajes por motivos turísticos o por exigencias económicas o políticas, el camino es un obstáculo, en la peregrinación el camino es esencial, forma parte del contenido de la fe y de la esperanza que ponen en marcha la peregrinación.

En realidad, las peregrinaciones son una parábola de la vida entera comprendida como peregrinación. La vida, especialmente para los cristianos, es un viaje santo y arduo, lleno de la certeza de que caminamos hacia el Padre y que nuestra meta es la plenitud del reino santo. Los creyentes dan forma a la esperanza, la reconocen presente en la historia y la ofrecen, en signo e instrumento, a quienes se encuentran y con quienes se cruzan en los caminos, a veces desesperados o sin rumbo. La vida cristiana es un viaje santo porque el Espíritu Santo nos guía y nos ofrece luz para poder discernir las señales que están en el camino, los signos presentes en el recorrido. Somos peregrinos de esperanza porque nuestra salvación es en esperanza (cf. Rom 8,24). Y hacemos el camino sembrando, «en gérmenes y diseños», los destellos de esperanza que nos alumbran.

Pero la vida cristiana es también un viaje arduo. Se realiza, bajo el signo de la fe, en medio de los trabajos de la existencia, teniendo que soportar inclemencias y dificultades. En este santo viaje aparecen tentaciones: o bien, concentrarnos solo en el viaje, en un activismo en el que quien destaca es el yo del peregrino y sus actividades; o bien concentrarse solo en la meta y desentendernos de lo que en el camino ocurre a las personas con las que nos encontramos; o descuidar la importancia de dejar signos visibles que ayuden a los extraviados y sean alivio para los cansados que están en las cunetas. El recorrido no lo sabemos con detalle, pero sí sabemos que Jesús es el camino y que la Iglesia, pueblo peregrino, ofrece tiendas de campaña para hacer un alto en la peregrinación, vivir la hospitalidad en la que se reponen fuerzas y se curan las heridas del camino. En la tienda se realiza también la celebración que permite anticipar la meta y recrear el acontecimiento fundante que nos pone en marcha.

El Concilio Vaticano II en la constitución *Gaudium et spes* ilumina esta situación:

> Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta de que la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas según la vocación personal de cada uno. Pero no es menos grave el error de quienes, por el contrario, piensan que pueden entregarse totalmente del todo a la vida religiosa, pensando que esta se reduce meramente a ciertos actos de culto y al cumplimiento de determinadas obligaciones morales. El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época (GS 43).

Es, por tanto, un viaje lleno de tareas por realizar. Peregrinando se realiza la transformación del peregrino. En el viaje, entrelazando camino y mesa, va creciendo en él la vida nueva; el caminante se configura con el mismo camino. Esta transformación va haciendo vivir una experiencia sorprendente: ya no soy yo quien camina, es Cristo quien vive en mí. Pero en el viaje se realiza también la transformación del mundo del que el camino forma parte y que esta senda atraviesa. El mundo también está de viaje, aun sin saberlo, vive una ansiosa espera, formar parte de la plenitud del cuerpo de Cristo (cf. Ef 1,10). Y la humanidad con la que nos encontramos en el camino también nos permite escuchar unas quejas y gemidos que hablan de la ansiosa espera de aquellos que desean la manifestación de los hijos de Dios (cf. Rom 8,19). Toda la historia del hombre y del cosmos adquiere un sentido global y radical toda la humanidad y el mundo viajan hacia el Padre. Su destino es ser transfigurados en reino.

En el viaje se realiza el trabajo, actividad humana sobre la tierra, con el que el hombre prepara el escenario para la

intervención de Dios. Es un trabajo en el que aparecen las resistencias de la injusticia, de la opresión y de la mentira. El origen y la meta del camino, el camino mismo, están sostenidos por la justicia, la libertad y la verdad del reino que lleva el peregrino en el corazón y que quiere ofrecer ya, abriendo brechas en los muros que separan, rompiendo argollas de las cadenas de la injusticia y encendiendo luces que disipan las tinieblas de las mentiras. La peregrinación tiene también gozo de fiesta, la alegría de los compañeros del camino, el encuentro y la espera, el sentarse juntos en la mesa contando experiencias y avivando el ánimo y el deseo para seguir adelante. Con el trabajo, el peregrino realiza una dimensión fundamental de la existencia humana sobre la tierra, participar en la obra creadora y redentora de Dios y preparar el material y las relaciones que serán transfigurados en la plenitud del cuerpo de Cristo. Con la alegría compartida se anticipa la alabanza interminable y el banquete de bodas a los que nuestra peregrinación nos conduce.

Sí, es un viaje arduo, pero es un santo viaje. Es la santidad de Cristo camino, verdad y vida, es la santidad del Espíritu que nos ilumina. Es una santidad personal y comunitaria. El viaje se realiza en el espíritu de la bienaventuranza, alegría, sencillez y misericordia. Es un viaje bendito, pues en él se descubren signos del reino, la presencia de Cristo en los hermanos y en los pobres. La esperanza permanece encendida en cada paso del camino porque el Espíritu Santo nos alienta y nos permite descubrir que Jesús es el mismo camino. Cristo aparece en medio en los peregrinos, en el camino y en la meta de la esperanza. Jesús siempre va en medio, delante y detrás del pueblo peregrino. El reino germina ya en la peregrinación.

A este respecto también nos dice el Concilio en *Lumen gentium:*

> Mientras no lleguen los cielos nuevos y la tierra nueva, donde mora la justicia (cf. 2 Pe 3,13) la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, pertenecientes a este tiempo, la imagen de este siglo que pasa, y ella misma vive entre las criaturas, que gimen con dolores de parto al presente en espera de la manifestación de los hijos de Dios (cf. Rom 8,19-22) (LG 48).

La peregrinación de esperanza es una misión que tiene el corazón en el reino y las manos en la historia. *Gaudium et spes* sigue impulsando el camino de la Iglesia:

> La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien activar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios. El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor se consumará su perfección (GS 39).

Somos peregrinos y sabemos por dónde ir, porque quien es camino, verdad y vida ha dejado la senda abierta. Somos peregrinos esperanzados y sembradores de esperanza, porque quien nos envía y espera ha dejado una tienda de campaña puesta donde descansar y avivar el deseo de alcanzar la meta. En medio del viaje santo y arduo con sus dificultades y resistencias la esperanza permanece porque en medio del grupo de peregrinos siempre alguien levanta la voz y canta: ¿quién nos separará del amor de Dios? (cf. Rom 8,35).

Situado el sentido de la vida como peregrinación de esperanza, podríamos preguntarnos sobre la situación de la esperanza

hoy. La dimensión histórica de la esperanza atraviesa en este momento múltiples dificultades. Las amenazas a la esperanza podemos articularlas en tres grupos. En primer lugar, la realidad de la guerra y de las dialécticas de guerra amenazan la esperanza de que sea posible el diálogo o el encuentro. En segundo lugar, la miseria, fruto de las desigualdades económicas y de la corrupción política, amenaza la esperanza de que sea posible la justicia. En tercer lugar, el consumo excesivo y la contaminación en nuestra forma de relacionarnos con la naturaleza amenazan la esperanza de que sea posible la edificación de un mundo sano que promueva el desarrollo humano integral. Estas amenazas generan diversos tipos de reacciones que tampoco favorecen la esperanza. En algunos casos es la rabia como expresión emocional que brota de la desesperanza. La resignación paralizante es otra forma de responder a las amenazas: ¿qué podemos hacer ante algo tan grande que nos desborda? También se produce un distanciamiento complaciente que dice: estos problemas de violencia, injusticia o destrucción solo les pasan a otros. Estas reacciones suelen culminar en un olvido o en un optimismo sin fundamento.

En estos territorios que amenazan la genuina esperanza, se buscan fuentes de sentido y esperanzas varias en otras direcciones: la realización de sí mismo, el cultivo de la imagen, cuidado del cuerpo, la formación… marcan una dirección autorreferencial; también se quiere encontrar manantial de esperanza en una vuelta a la naturaleza sin alma y sin historia. Lo religioso vivido como magia o como evasión también es buscado como fuente de esperanza débil. Pero, sobre todo, nuestra época muestra su desencanto en las posibilidades humanas y divinas de la esperanza en un abandono confiado en la tecnología y en las máquinas, expresión de la ciencia como fuente de esperanza.

Así la planificación sustituye a la esperanza a la hora de mirar al futuro; el progreso como mito o fuente de un optimismo ingenuo es un refugio que se transforma en optimismo vacío que precisa de mucha diversión y sucedáneos de alegría y de sentido para soportar el miedo al futuro. De momento resulta insoportable a la persona humana que el futuro no lleve más que aquello que ella misma había planificado en el tiempo. Si la lógica de las cosas, de la técnica, de la economía o de la política establece en un momento dado como de acaecer su desenvolvimiento, quiere decir que de futuro nada, lo único que queda es que todo irá como siempre o según lo planificado y dispuesto. La visión de un futuro en el cual no puede acaecer nada nuevo de verdad, sino solo lo programado y desarrollado por algoritmos, es algo que produce una desgana mortal.

Tantas veces, en la esfera pública y privada escuchamos: no podemos seguir como hasta ahora, pero no vemos una senda por donde seguir hacia delante. Mirar al futuro con esperanza no ha sido nunca tan dramático. Los peregrinos de esperanza hacen suyas las preguntas de nuestros contemporáneos: ¿es posible tener esperanza hoy?, ¿qué rostro tiene la esperanza?

Y no tenemos otra respuesta más que mirar a Jesucristo en su camino de bajada por el pesebre y la cruz para ser exaltado. Así

> la Iglesia «va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios» anunciando la cruz del Señor hasta que venga (cf. 1 Cor 11,26). Está fortalecida, con la virtud del Señor resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo el esplendor al final de los tiempos (LG 8).

El año santo 2025 Peregrinos de Esperanza nos invita a poner los ojos en el seno de María y en el pesebre de Belén donde comenzó la peregrinación del Hijo de Dios para asombrarnos con su amor y atraernos a participar de su misma peregrinación hacia el cielo.

Jesucristo, esperanza nuestra

✠ José Rico Pavés
Obispo de Asidonia-Jerez
Presidente de la Comisión Episcopal para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado

Al concluir el jubileo del año 2000, el papa san Juan Pablo II propuso a toda la Iglesia «contemplar el rostro de Cristo» como único programa para vivir el año jubilar que conmemoró el dos mil aniversario de la encarnación del Verbo y entrar en el tercer milenio. Consciente de que la santidad hace presente de forma viva el rostro de Cristo, no dudó en afirmar que la perspectiva en la que debía situarse el camino pastoral de la Iglesia es el de la santidad. «¿Acaso no era este —recordaba el papa— el sentido último de la indulgencia jubilar, como gracia especial ofrecida por Cristo para que la vida de cada bautizado pudiera purificarse y renovarse profundamente?»[1].

En continuidad con la orientación de san Juan Pablo II, el papa Francisco convocó el jubileo extraordinario de 2016, Año de la Misericordia, cuyo objetivo fue manifestar y facilitar el encuentro con el rostro de la misericordia de Dios[2],

[1] Juan Pablo II, carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6-1-2001) 30.
[2] Cf. Francisco, bula *Misericordiae vultus* de convocatoria del jubileo extraordinario de la misericordia (15-3-2015) 1-3.

anuncio central del Evangelio para todas las personas de todos los tiempos. Próximos a cumplirse veinticinco años del último año jubilar ordinario, Francisco nos convoca a la celebración de un nuevo jubileo «para abrir de par en par la puerta santa una vez más y ofrecer la experiencia viva del amor de Dios, que suscita en el corazón la esperanza cierta de la salvación en Cristo»[3]. Al convocar el jubileo ordinario del año 2025, el papa ha pedido que «pueda ser para todos un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, *puerta* de salvación (cf. Jn 10,7.9); con él, a quien la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos como "nuestra esperanza" (1 Tim 1,1)»[4]. El mismo papa propone que el año jubilar se viva como un *camino de esperanza*, con momentos fuertes en que el encuentro con el Señor alimente y robustezca la esperanza. Así, como *peregrinos de esperanza*, somos llamados a recorrer caminos antiguos y modernos para vivir intensamente la experiencia jubilar en el encuentro renovado con Cristo. Recogiendo algunas de las enseñanzas de Francisco, podemos recorrer tres *itinerarios de fe* que nos ayudarán a mantener siempre nuevo el encuentro que sostiene nuestra esperanza: recibir el testimonio del discípulo amado para descubrir el fundamento de la esperanza; dejarnos guiar por el ejemplo y enseñanza de san Pablo para confesar con él que Cristo es nuestra esperanza; actuar con el mismo amor del corazón de Cristo para, obrando la misericordia, llegar a ver a Jesús.

---

[3] Francisco, bula *Spes non confundit* de convocatoria del jubileo ordinario del año 2025 (9-5-2024) 6.

[4] Francisco, bula *Spes non confundit* de convocatoria del jubileo ordinario del año 2025 (9-5-2024) 1.

1. El testimonio del discípulo amado y el fundamento de la esperanza

En los párrafos iniciales de la bula de convocatoria del jubileo ordinario del año 2025, el papa Francisco nos sorprende con una afirmación luminosa: «La esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del corazón de Jesús traspasado en la cruz»[5]. Para descubrir el fundamento de la esperanza debemos entonces volver al pasaje evangélico de la crucifixión transmitido por el evangelista san Juan.

Cada evangelista ha dejado su impronta a la hora de transmitir el relato de la pasión de Cristo. El cuarto evangelista, que habla de sí mismo como el *discípulo amado,* refiere dos hechos que solo él refiere a propósito de la crucifixión de Jesús: la entrega de María como Madre (cf. Jn 19,25-27) y la lanzada que traspasa el costado de Cristo hasta brotar sangre y agua (cf. Jn 19,34). Al referir este hecho añade una expresión singular: «El que lo vio da testimonio y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis» (Jn 19,35).

1.1. Testimonio verdadero: el Padre y las Escrituras

En el cuarto evangelio encontramos la misma expresión en labios de Jesús cuando los fariseos le recriminan diciéndole: «Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero» (Jn 8,13). A lo cual responde Jesús: «Aunque yo doy testimonio

[5] Francisco, bula *Spes non confundit* de convocatoria del jubileo ordinario del año 2025 (9-5-2024) 3.

de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y adónde voy» (Jn 8,14). Para que un testimonio sea válido se requiere la concurrencia al menos de dos testigos. Cuando Jesús se presenta como luz del mundo, no lo hace por ostentación vanidosa, sino apoyado en el Padre que lo ha enviado. El Verbo encarnado tiene su origen y su meta en el Padre. El Padre es quien corrobora el testimonio de su Hijo Jesucristo, el Verbo encarnado. Por eso, su testimonio es verdadero. Jesús es testigo verdadero porque habla lo que el Padre le ha mandado.

En el caso del discípulo amado, al referir lo que sucedió cuando el soldado traspasó el costado de Jesús, la fuerza de su testimonio descansa en el cumplimiento de la Escritura. Por eso, añade: «Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: "No le quebrarán un hueso"; y en otro lugar la Escritura dice: "Mirarán al que traspasaron"» (Jn 19,36). El testimonio del discípulo amado es confirmado por lo que ya había sido anunciado en la Escritura. Al referir que del costado traspasado de Cristo brotó sangre y agua, san Juan no se limita a decir que en la muerte de Jesús el sufrimiento ha sido extremo, sino que, sucediendo eso, se estaba cumpliendo además un misterio anunciado desde antiguo. Para entender entonces el significado último de la lanzada que atravesó el cuerpo de Cristo tenemos que fijarnos en las dos citas bíblicas mencionadas por el discípulo amado. De esa forma, leyendo los hechos a la luz de la Palabra revelada, podemos pasar del simple ver al creer.

1.2. Testimonio pascual: el Cordero, la sangre y el agua

La primera cita («No le quebrarán un hueso») nos remite a dos pasajes del Antiguo Testamento: Ex 12,46 y Num 9,12.

El libro del Éxodo prescribe cómo debe ser el animal para la celebración de la cena pascual: un cordero sin defecto, al que «no se le quebrará un hueso» (Ex 12,46; Num 9,12). Cuando el discípulo amado atestigua que, a Jesús, una vez muerto, no le rompieron las piernas, está invitando a creer que él es el Cordero sin mancha, inocente, que, con su entrega, ha sellado para siempre la nueva y definitiva alianza.

La segunda cita («Mirarán al que traspasaron») nos lleva a Zac 12,10, pasaje en que el profeta anuncia el culmen de la salvación el «día del Señor». En ese día, afirma Zacarías, «derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de perdón y de oración, y volverán sus ojos hacia mí, al que traspasaron» (Zac 12,10). El profeta anuncia algo sorprendente: ese día el Señor derramará perdón, llamará a la oración, volverán los ojos hacia él y lo reconocerán *traspasado.* Y ahora, en el calvario, san Juan evangelista reconoce que ese momento ha llegado: el traspasado por la lanzada del soldado es el Hijo amado del Padre, el que «en el principio estaba junto a Dios y era Dios» (Jn 1,1). Pero Zacarías aún dice más: ese día harán llanto, como se llora al hijo único (cf. Zac 12,10) y «aquel día brotará una fuente para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, remedio de errores e impurezas» (Zac 13,1). El testimonio de san Juan evangelista nos dispone al acto de fe: cuando se abrió el costado de Cristo brotó el torrente del amor de Dios nacido de su corazón, un torrente que perdona al que pone su mirada en él, se deja abrazar en oración de lágrimas y bebe para saciar su sed. Se entiende así la afirmación del papa: «La esperanza se funda en el amor que brota del corazón de Jesús traspasado en la cruz»[6].

---

[6] Francisco, bula *Spes non confundit* de convocatoria del jubileo ordinario del año 2025 (9-5-2024) 3.

La liturgia de la Iglesia ha formulado este misterio de amor infinito recogiendo las enseñanzas de los santos padres. Así, en el prefacio de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, rezamos:

> El cual [Cristo], con inmenso amor, se entregó por nosotros en la cruz e hizo salir sangre y agua de su costado herido, de donde habrían de brotar los sacramentos de la Iglesia, para que todos, atraídos hacia el corazón abierto del Salvador, pudieran beber siempre, con gozo, de la fuente de la salvación.

Los autores de la antigüedad cristiana han visto en el costado abierto de Cristo el nacimiento de la Iglesia, en paralelismo con el nacimiento de Eva. Así como del costado de Adán dormido, Dios formó a Eva, así del costado de Cristo, nuevo Adán, dormido en la cruz, ha nacido la Iglesia. Con este paralelismo simbólico se expresa una verdad fundamental: de la entrega redentora de Cristo ha nacido la Iglesia. Para que la Iglesia no pierda su identidad debe mirar siempre al corazón traspasado de Cristo, de donde brota el amor que reúne y congrega a cuantos por el bautismo (agua) y la eucaristía (sangre) somos hechos partícipes de su misma vida e incorporados a la comunión con él, que es la comunión de la Trinidad santa.

La contemplación del corazón de Cristo es el camino privilegiado para centrar la vida en el amor de Dios, responder a su amor, gozar la comunión de la Iglesia y fortalecer la esperanza. Bien lo expresaba san Buenaventura cuando se preguntaba si era posible no devolver amor a quien tanto nos ha amado: «¿Se hubiese podido manifestar mejor tu amor de otra manera que dejándote no solo atravesar tu cuerpo con una lanza, sino tu corazón? [...] ¿Habrá alguien que no quiera amar este corazón herido por nosotros? ¿Cómo podría al-

guien no amar respondiendo a quien nos abraza con un amor tan grande?»[7].

1.3. Testimonio mariano: María santísima y los tesoros del corazón de Jesús

¿Cómo ha podido el evangelista san Juan llegar a ver en la crucifixión de Jesús el misterio de amor infinito que había sido anunciado por los profetas? Sabemos que los autores sagrados al referir su testimonio, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, lo han hecho *inspirados por el Espíritu Santo.* Es, efectivamente, la inspiración del Espíritu Santo la que convierte la palabra humana del hagiógrafo en Palabra divina. No exagera la liturgia de la Iglesia cuando añade a las lecturas de la Escritura que se proclaman en la asamblea litúrgica la apostilla «Palabra de Dios» o «Palabra del Señor».

Ahora bien, además de la inspiración, común a los demás autores sagrados, el evangelista san Juan ha contado con dos privilegios concedidos solo a él. Así lo advertía ya en el siglo III, el gran teólogo de Alejandría llamado Orígenes: «La flor de toda la Escritura son los evangelios, y la flor de los evangelios es el evangelio de Juan, cuyo sentido profundo, sin embargo, no puede captarlo quien no haya apoyado la cabeza sobre el pecho de Jesús y quien no haya recibido de él a María como a su propia madre»[8]. Para captar la riqueza del testimonio recogido en el evangelio de san Juan es necesario —nos dice Orígenes— repetir el gesto realizado por el discípulo amado en la última cena y recibir a María como madre. El alejandrino no invita

---

[7] San Buenaventura, *Vitis mystica* 3, 5-6 (BAC NO 9, 673).

[8] Orígenes, *Comm. in Iohn.,* I, IV, 23 (SCh 120, 70; BPa 115, 108).

evidentemente a reproducir una postura corporal, sino que ve en la acción del evangelista una actitud espiritual. Podrá encontrar los tesoros ocultos en el testimonio evangélico quien mantenga su oído y su inteligencia junto al latido del corazón de Cristo, y perciba la hondura insondable de su amor. A esta actitud tendrá que añadir un vínculo familiar nuevo: acoger a María como madre. Capta, pues, el mensaje del evangelista quien, como él, pone su cabeza sobre el pecho de Jesús y vive en todo como hijo fiel de María.

Antes de referir que el soldado traspasó con una lanza el costado de Cristo, el evangelista san Juan refiere que Jesús en la cruz nos entregó a María como madre. Y añade: «Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio» (Jn 19,27). La cercanía de María santísima ha permitido al evangelista san Juan hacer memoria y dar testimonio, con una profundidad única, de la vida y enseñanza de Jesús. Para poder acoger su testimonio es fundamental cultivar también la relación filial con la Virgen María. Antes de abrirnos los tesoros de su corazón, Jesús nos regaló a María como madre para que, asidos a su mano y con su misma docilidad a la Palabra divina, entremos en el corazón del Redentor. Es ahí y solo ahí donde encontraremos el descanso y la paz que nuestro corazón reclama, como bien expresó san Bernardo de Claraval:

> ¿Dónde podrá encontrar nuestra debilidad un descanso seguro y tranquilo, sino en las llagas del Salvador? En ellas habito con plena seguridad, porque sé que él puede salvarme. Grita el mundo, me oprime el cuerpo, el diablo me tiende asechanzas; pero yo no caigo, porque estoy cimentado sobre roca firme […]. Agujerearon su manos y pies, atravesaron su costado con una lanza. Y a través de esas hendiduras puedo libar miel silvestre y aceite de rocas de pedernal, es decir, puedo gustar y ver qué bueno es el Señor […]. El clavo penetrante se ha convertido para mí en

> llave que me ha descubierto la voluntad del Señor. ¿Por qué no he de mirar a través de esa hendidura? Tanto el clavo como las llagas proclaman que en verdad Dios está en Cristo reconciliando al mundo consigo […]. Las heridas que recibió su cuerpo nos descubren los secretos de su corazón; nos permiten contemplar el gran misterio de compasión […]. No tenemos otro medio más claro que tus llagas para comprender, Señor, que tú eres bueno y clemente, rico en misericordia (Sal 85,5). Porque no hay amor más grande que dar la vida por los consagrados y por los condenados. Luego mi único mérito es la misericordia de Dios[9].

2. Confesar con san Pablo: Jesucristo es nuestra esperanza

El segundo itinerario se puede recorrer de manos del apóstol de los gentiles. Recuerda Francisco que «la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos a Cristo como "nuestra esperanza" (1 Tim 1,1)»[10]. Ahora bien, en san Pablo descubrimos que la tribulación y el sufrimiento son las condiciones propias de los que anuncian el Evangelio en contextos de persecución (cf. 2 Cor 6,3-10). Es entonces cuando se aprende que la fuerza que brota de la cruz y de la resurrección de Cristo es lo que sostiene la evangelización. La vida entera de san Pablo es un testimonio preclaro de que «la esperanza no defrauda» (Rom 5,5) y se identifica con Cristo mismo. Su testimonio, en efecto, es el de un convertido y un misionero: a partir del encuentro con el Señor Jesús que cambió su vida, su único deseo es que todos conozcan a Jesucristo.

---

[9] San Bernardo, *Serm. Ct.* 61, II, 3-5 (BAC NO 491, 769-771).

[10] Francisco, bula *Spes non confundit* de convocatoria del jubileo ordinario del año 2025 (9-5-2024) 1.

2.1. La conversión de san Pablo

En Flp 3,4-10 el apóstol expone todo lo que antes de su conversión era importante para él: la circuncisión, la pertenencia a una descendencia israelita pura (de la tribu de Benjamín), ser fariseo estricto en la observancia de la ley, ser celoso hasta perseguir a la Iglesia…, es decir, un «judío perfecto». El encuentro con Cristo ha hecho que todo lo que consideraba «ganancia» ahora lo considere pérdida, comparado con el conocimiento de Cristo. La conversión de san Pablo ha sido un cambio radical de una vida centrada en sí a una vida centrada en Cristo: «Para mí la vida es Cristo» (Flp 1,21).

2.2. La misión de san Pablo

Toda la vida de san Pablo después de la conversión está ocupada en la tarea de llevar a los demás hombres al encuentro con aquel que ha cambiado su vida. Esta tarea es la clave de su predicación misionera, la cual será desarrollada por el apóstol en tres momentos: primero, exponiendo el significado cósmico de Cristo, es decir, mostrando cuál es su lugar en la historia de la salvación; en segundo lugar, proclamando a Cristo como salvador y salvación; y, en tercer lugar, descubriendo la inseparable unión de Cristo con su Iglesia.

El *significado cósmico de Cristo* es iluminado por san Pablo a partir de la salvación presentada también como redención del cosmos: «Si habéis muerto con Cristo a los elementos del mundo, ¿por qué os sometéis a los dictados de los que viven según el mundo?» (Col 2,20). La muerte de Cristo restaura todas las cosas llevándolas a la unidad y armonía con la voluntad de Dios: «Por él quiso reconciliar todas las

cosas consigo» (Col 1,20). La consumación final de la creación y de la historia consistirá en la victoria final de Cristo que someterá todo al Padre. Esto ya ha comenzado con su muerte y resurrección. El significado cósmico de Cristo se desarrolla principalmente en cuatro pasajes. En primer lugar, en Rom 8,20-22: la creación entera padece ahora las consecuencias del pecado del hombre y aguarda el momento de su liberación; también la creación experimentará su «pascua», iniciada con la resurrección de Cristo, cuando Cristo venga en gloria y se manifieste la derrota definitiva de Satanás, del pecado y de la muerte. En segundo lugar, en 1 Cor 15: la resurrección de Cristo inaugura el tiempo de la esperanza; Cristo reinará hasta que todos sus enemigos estén sometidos; el último enemigo aniquilado será la muerte; al final, Dios lo será todo en todos. En tercer lugar, en Col 1,12-20: Cristo es Señor del cosmos y de la historia; es creador y causa ejemplar (cf. Col 1,16), como cohesión del cosmos (Col 1,17), como cabeza de la Iglesia y primicia de los resucitados (Col 1,18), como autor de la redención y de la reconciliación universal a través «de la sangre de su cruz» (Col 1,20). La encarnación, coronada por la resurrección, ha colocado la naturaleza humana de Cristo en la cúspide del mundo creado. Por último, en cuarto lugar, en Ef 1,3-10: la historia no es fruto del azar, sino que revela el designio amoroso de Dios. El tiempo adquiere en Cristo, el Verbo eterno que entra en la historia, su plenitud. El plan de Dios para la historia y el mundo consiste en hacer que todo tenga a Cristo como cabeza. Todas las cosas serán renovadas por el misterio pascual de Cristo. Tal es ahora la orientación de toda la actividad humana: recapitular todas las cosas en Cristo. O lo que es lo mismo: que la soberanía de Cristo sobre todos y sobre todo, sea por todos reconocida, pues Cristo es rey del universo.

El reconocimiento del significado de Cristo sobre la historia se expresa en la esperanza, como virtud típica del cristiano. La historia humana tiene sentido. Este sentido ha sido revelado por Cristo: es el designio salvífico. Dios mismo está comprometido en este designio y llama al hombre a cooperar con él, es decir, a colaborar en la tarea de recapitular todas las cosas en Cristo. Podemos esperar porque sabemos que al final de nuestra vida Cristo nos espera.

El *significado de Cristo como salvador* es presentado como un pasar de vivir según la carne a vivir según el Espíritu; es Cristo quien permite realizar este paso. El hombre sin Cristo está sometido al diablo, al pecado y a la muerte. La salvación de Cristo consiste en sacar al hombre de ese dominio perverso y devolverlo a la libertad: «Para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado» (Gal 5,1). Mostrando la universalidad del pecado («Todos pecaron», Rom 3,23; 5,12), san Pablo muestra la universalidad de la salvación traída por Cristo («Todos serán devueltos a la vida», Rom 5,19). El significado de Cristo como salvador se manifiesta en la fe (cf. Rom 10,9) y se descubre a partir de la revelación del amor de Dios (cf. Rom 5,8). Cristo no es solo el Salvador, sino *también* la salvación.

El *significado de Cristo en la Iglesia* se percibe atendiendo a las enseñanzas del apóstol sobre la Iglesia. La Iglesia es el ámbito donde puede cultivarse la vida en Cristo: no es una asociación voluntaria de individuos que comparten una fe y un ideal de vida, sino que es un *misterio,* prolongación del misterio de la encarnación. Porque Cristo vive en la Iglesia, es posible, en la Iglesia, vivir en él. La Iglesia es cuerpo de Cristo, comunión y participación en su misma vida por el Espíritu que nos ha dado. La relación con Cristo en la Iglesia queda caracterizada por tres preposiciones: *con* Cristo (en la Iglesia se desarro-

lla el discipulado), *de* Cristo (en la Iglesia se vive la pertenencia a Cristo que crea fraternidad) y *en* Cristo (en la Iglesia se vive la permanencia en la vida de Cristo). El reconocimiento del significado de Cristo en la Iglesia se manifiesta en la caridad: el amor trinitario sostiene la comunión eclesial.

3. Obrar la misericordia para ver a Jesús

El tercer itinerario de fe se puede recorrer acogiendo el deseo del papa: «En el año jubilar estamos llamados a ser *signos* tangibles *de esperanza*»[11]. Enumera Francisco acciones concretas en las que debemos empeñarnos para ser verdaderos portadores de esperanza: la paz, impulsada con proyectos concretos; la apertura a la vida, cuidada desde su concepción hasta su último aliento natural; el acompañamiento a los privados de libertad, respetando los derechos humanos y aboliendo la pena de muerte; el cuidado de los enfermos y de los que sufren; la cercanía con los jóvenes; la acogida de los migrantes, exiliados, desplazados y refugiados; la atención a los ancianos; y, de manera apremiante, el amor a los pobres y necesitados. Se trata, en realidad, de recordar que «las obras de misericordia son igualmente obras de esperanza, que despiertan en los corazones sentimientos de gratitud»[12].

El encuentro con Cristo, como meta del año jubilar, requiere volver a recorrer con renovado entusiasmo el camino

---

[11] Francisco, bula *Spes non confundit* de convocatoria del jubileo ordinario del año 2025 (9-5-2024) 10.

[12] Francisco, bula *Spes non confundit* de convocatoria del jubileo ordinario del año 2025 (9-5-2024) 10.

de las obras de misericordia. Para ver a Jesús —como insistentemente nos recuerda el papa Francisco— hay que tocar su carne en el necesitado: dar de comer al hambriento, de beber al sediento, hospedar al forastero, vestir al desnudo, visitar al enfermo y encarcelado… No hay esperanza sin ejercicio concreto de la misericordia. Para ser *peregrinos de esperanza* es entonces necesario hacer experiencia concreta de la misericordia divina en la propia vida mediante la conversión que lleva a recibir el perdón y la reconciliación, y, a la vez, hacer experiencia de la misericordia en obras concretas con el prójimo. Dejarse amar por el Señor, para llegar a amar a los demás con su mismo amor.

El itinerario de la misericordia que sostiene la esperanza nos descubre qué significa *vivir en Cristo.* Los discípulos del Señor somos invitados a seguirlo, a imitarlo y a permanecer en él. Seguimiento, imitación y permanencia son dimensiones inseparables de la identidad cristiana, que se nutren del encuentro siempre nuevo con Jesucristo y manifiestan de forma concreta la esperanza.

3.1. El seguimiento de Cristo

Seguir a Jesús significa *vivir con él.* El seguimiento es la dimensión dinámica de la fe. En el evangelio de san Marcos, el primer encuentro de Jesús en Galilea con unas personas concretas es una llamada al seguimiento (cf. Mc 1,16-20). La vocación es siempre llamada a seguir a Jesús. La sección central del evangelio de Marcos (cf. Mc 8,27-10,52) tiene como tema el del seguimiento. El núcleo de la sección está en las palabras de Jesús: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Mc 8,34). El fruto primero

de la fe es la conversión que lleva al seguimiento. En el seguimiento brota la esperanza.

San Mateo presenta el seguimiento sobre todo como discipulado. Jesús es el Maestro y seguirlo significa estar constantemente con él en actitud de discípulo. El evangelio de san Lucas se caracteriza a su vez por el largo viaje de Jesús hacia Jerusalén: lo que se exige a los discípulos es que le sigan con valentía y perseverancia en este viaje hacia la Pascua. Para ir detrás de Jesús, hay que despojarse de todo y llevar cada día la propia cruz (cf. Lc 9,23).

En san Juan el tema del seguimiento se desarrolla a partir de la experiencia del encuentro personal con Jesús y del testimonio. En el cuarto evangelio queda claro que el seguimiento de Jesús no se agota en ir detrás del Maestro, sino que conduce a una vida de comunión con el Hijo de Dios. Seguir a Jesús implica permanecer en él.

3.2. La imitación de Cristo

Imitar a Cristo significa *vivir como él.* El cristiano es, en rigor, consorte de Cristo, es decir, está llamado a correr su misma suerte. Cristo es la norma básica y fundamental del actuar cristiano. Oyendo y mirando a Cristo es como el hombre puede llegar a comprender la relación que debe vivir con el Padre celestial y con sus hermanos (cf. Jn 13,14-15; 15,10-12; 17,21). La imitación se realiza en el seguimiento. Jesucristo es el modelo que el cristiano sigue.

La imitación tiene su fundamento en la creación singular del ser humano. Solo el hombre, entre todas las criaturas, ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. El significado de

esta expresión la ha revelado Jesucristo, imagen de Dios invisible. Que el hombre haya sido creado a imagen de Dios significa que ha sido plasmado a imagen de Cristo. Por eso, en la imitación de Cristo el hombre descubre su vocación originaria.

Por otro lado, la imitación no consiste en un ejercicio de solo esfuerzo humano. La imitación es posible para quien participa por el bautismo y los demás sacramentos en la vida misma de Cristo. Los sentimientos del cristiano deben ser semejantes a los que alberga el corazón de Cristo (cf. Flp 2,5), de ahí que deba acudir a él y aprender de su corazón que es manso y humilde (cf. Mt 11,29).

3.3. La permanencia en Cristo

La novedad de la vida que Cristo comunica a los suyos reside en el amor que les comunica. El mismo amor que el Hijo comparte con el Padre y el Espíritu Santo es el que entrega a sus discípulos: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor» (Jn 15,9). El seguimiento y la imitación de Cristo es ejercicio de permanencia en él.

Jesús promete poner su morada, con el Padre y el Espíritu, en quien permanezca en su amor. Permanece en Cristo quien guarda su palabra (cf. Jn 14,23), quien cumple sus mandamientos (cf. Jn 15,10), quien cree en él (cf. Jn 14,1-11) y quien le recibe como pan vivo bajado del cielo (cf. Jn 6,56-57).

La perfección de la vida cristiana está en el amor que custodia la permanencia en Cristo. Jesús hace del amor el mandamiento nuevo (cf. Jn 13,34). Amando a los suyos hasta el extremo (cf. Jn 13,1), el Hijo manifiesta el amor del Padre.

Cuando los discípulos se aman unos a otros y aman incluso a los enemigos imitan el amor que reciben de Jesús. La certeza que sostiene al discípulo mientras peregrina en este mundo descansa en que nada ni nadie le puede separar del amor de Cristo (cf. Rom 8,35-39). Por eso, «la esperanza no defrauda» (Rom 5,5).

Conclusión: Madre de la Esperanza

Al final de la bula de convocatoria del jubileo ordinario del año 2025, Francisco nos propone a la Madre de Dios como el testimonio más alto de la esperanza. Es voluntad del Hijo que recibamos los bienes de la salvación teniendo a María santísima como madre (cf. Jn 19,25-27). «No es casual —afirma el papa— que la piedad popular siga invocando a la Santísima Virgen como *Stella maris,* un título expresivo de la esperanza cierta de que, en los borrascosos acontecimientos de la vida, la madre de Dios viene en nuestro auxilio, nos sostiene y nos invita a confiar y a seguir esperando»[13].

Una huella antiquísima de esa piedad popular es la representación iconográfica más antigua de la Virgen María, de la segunda mitad del siglo II. Se trata de un fresco ubicado en el lóculo de una de las galerías de las catacumbas de Priscila, en Roma. Muestra a la Virgen sentada con el niño Jesús en brazos y junto a ellos el profeta Balaam que señala con el dedo una estrella colocada junto a la cabeza de la Virgen, evocando el pasaje de la Escritura: «Oráculo de Balaán, hijo

[13] Francisco, bula *Spes non confundit* de convocatoria del jubileo ordinario del año 2025 (9-5-2024) 24.

de Beor […]. Lo veo, pero no es ahora; lo contemplo, pero no será pronto: avanza una estrella de Jacob y surge un cetro de Israel» (Num 24,15.17). Esa palabra profética se cumplió con el nacimiento del Mesías, tal como atestigua el evangelista san Mateo: «La estrella que los magos habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el Niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría» (Mt 2,9-10).

Es muy significativo que la expresión artística mariana más antigua represente a María santísima junto a una estrella. El arte paleocristiano surgió como una confesión espontánea de fe: lo que se cree con el corazón, se declara con los labios, se anuncia con las obras de caridad y se plasma con representaciones que mueven a devoción. Quienes peregrinan a Roma y visitan las catacumbas de Priscila se detienen junto a esta imagen y rezan a la madre de Jesús recordando que desde época antiquísima los cristianos hemos encontrado en la estrella de María la luz del Salvador.

Con san Bernardo, en la Edad Media, se populariza el nombre de «estrella» para invocar a María: «María es la estrella radiante que nace de Jacob, cuya luz se difunde en el mundo entero, cuyo resplandor brilla en los cielos y penetra en los abismos, se propaga por toda la tierra, abriga no tanto los cuerpos como los espíritus, vigoriza las virtudes y extingue los vicios. María es la estrella más brillante y más hermosa»[14]. En el dilatado y profundo mar de la vida, para no verse arrastrado por la corriente de este mundo hasta la profundidad oscura del pecado y de las preocupaciones, es necesario no perder la luz: mirar la estrella e invocar a María.

---

[14] San Bernardo, *Serm.* II, 17 (BAC NO 452, 639).

No debe sorprender entonces que los últimos papas hayan propuesto a María santísima como *estrella de la evangelización.* San Pablo VI concluía su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975) afirmando que, así como «en la mañana de Pentecostés, María presidió con su oración el comienzo de la evangelización bajo el influjo del Espíritu Santo, así también ella debe ser la *estrella de la evangelización* siempre renovada que la Iglesia, dócil al mandato del Señor, debe promover y realizar, sobre todo en estos tiempos difíciles y llenos de esperanza»[15]. San Juan Pablo II, en su cuarto viaje apostólico a España (junio de 1993), recuperó ese mismo título mariano para responder a las exigencias evangelizadoras del momento: «María se dirige hoy a una sociedad como la nuestra, que, pese a sus hondas raíces cristianas, ha visto difundirse en ella los *fenómenos del secularismo y la descristianización,* y reclama, sin dilación alguna, una nueva evangelización»[16].

Para vivir con provecho el encuentro renovado con Cristo en el año jubilar, los peregrinos de esperanza somos invitados especialmente por el papa Francisco a detenernos «a rezar en los santuarios marianos de la ciudad (Roma) para venerar a la Virgen María e invocar su protección […]. Ella es para el santo Pueblo de Dios "signo de esperanza cierta y de consuelo" (LG 68)»[17].

---

15 San Pablo VI, exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8-12-1975) 82.

16 San Juan Pablo II, *Homilía en la celebración eucarística en el santuario de Nuestra Señora de la Cinta* (14-6-1993) 4.

17 Francisco, bula *Spes non confundit* de convocatoria del jubileo ordinario del año 2025 (9-5-2024) 24.

Celebrar la fe de la Iglesia

✠ José Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Ourense
Presidente de la Comisión Episcopal para la Liturgia

1. Celebrar un jubileo

La nueva tarea evangelizadora de la que nos hablan con insistencia los últimos papas es la actividad que abarca todo el dinamismo que caracteriza la vida de la Iglesia. La Iglesia existe para evangelizar[1]. Ya san Pablo VI nos recordaba que el fin de la Iglesia es llevar a cabo el anuncio, al mundo entero, de la «buena noticia» de la resurrección de Jesucristo. Somos conscientes de que no existe una verdadera evangelización si no anuncia

> el nombre, la enseñanza, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios […]. La historia de la Iglesia, a partir del discurso de Pedro en la mañana de Pentecostés, se entremezcla y se confunde con la historia de este anuncio. En cada nueva etapa de la historia humana, la Iglesia, impulsada continuamente por el deseo de evangelizar, no tiene más que una preocupación: ¿a quién enviar para anunciar este misterio? ¿Cómo lograr que resuene y llegue a todos aquellos que lo deben escuchar? Este anuncio —*kerigma,* predicación o

[1] Cf. Pablo VI, exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975) 14.

> catequesis— adquiere un puesto tan importante en la evangelización que con frecuencia es en realidad sinónimo[2].

En este mismo sentido, el papa Francisco, con la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013) también se preocupa por el anuncio del Evangelio al mundo de hoy y a sus gentes. Y en la bula con la que ha convocado a toda la Iglesia a este jubileo ordinario de 2025, como sucesor de Pedro, nos invita a todos a que nos convirtamos en *peregrinos de esperanza* de tal modo que este tiempo de gracia sea para los fieles «un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús "puerta" de salvación (cf. Jn 10,7.9); con él, a quien la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos como "nuestra esperanza" (1 Tim 1,1)»[3].

2. La puerta santa

Siempre que se proclama un jubileo en la Iglesia se realizan una serie de actos y celebraciones litúrgicas que de manera tradicional se repiten en cuanto a su estructura básica, aunque siempre existen algunas novedades. Todo esto tiene su repercusión en la vida celebrativa de la Iglesia, porque la liturgia, como bien sabemos, es la oración pública de la Iglesia, y según las enseñanzas del Concilio Vaticano II, es el «culmen hacia donde tiende» toda su acción «y, al mismo tiempo, la fuente de la que mana toda su energía»[4]. En el centro de los actos más

---

2 *Ibid.*, 22.

3 Francisco, bula *Spes nun confundit* de convocación del jubileo ordinario del año 2025, 1. (A partir de ahora cuando se cite este documento solo se utilizará esta referencia: Bula 2025).

4 Concilio Vaticano II, constitución *Sacrosanctum Concilium,* 10.

importantes del jubileo está siempre la celebración eucarística, donde se recibe el Cuerpo y la Sangre de Cristo. El mismo Jesucristo, como peregrino y, sobre todo como «nuestra esperanza», camina junto a los discípulos y les revela los secretos del Padre, de tal modo que se pueden hacer realidad aquellas palabras llenas de consuelo que nos ayudan a *creer, esperar y amar,* y que es la experiencia de los dos discípulos de Emaús: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída» (Lc 24,29).

Si la eucaristía es la celebración culmen de todo acto jubilar, sin ninguna duda podemos afirmar que otro de los actos significativos de todo año santo es el solemne rito litúrgico de la apertura de la puerta santa. Sabemos que esta celebración ha cambiado en los últimos lustros. Hasta el siglo pasado, el papa realizaba, más o menos simbólicamente, el derribo del muro que sellaba la puerta santa. Los albañiles procedían a quitar los ladrillos por completo. Desde 1950, en cambio, el muro se derriba previamente y, durante una solemne liturgia, el papa empuja las hojas de la puerta desde fuera del templo, pasando como primer peregrino a través de ella. Para el próximo jubileo el papa establece la apertura las «puertas santas» solo en las cuatro basílicas mayores[5]. Manifiesta, explícitamente, además: «Deseo abrir yo mismo una puerta santa en una cárcel»[6].

La apertura de estas puertas se realizará de acuerdo con un ritual que se dará a conocer previamente[7]. Esta y otras

---

5 Bula 2025, 6b.

6 Bula 2025, 10b.

7 Es importante subrayar que la Santa Sede ha aclarado mediante una nota del Dicasterio para la Evangelización, fechada el 1 de agosto de 2024, que las Puertas Santas serán cinco y solo cinco: en la basílica de San Pedro, en la basílica de san Juan de Letrán, en la basílica de Santa María la Mayor, en la basílica de San Pablo Extramuros y en una cárcel. Aunque habrá otros templos jubilares sin puerta santa en los que se podrá ganar la indulgencia plenaria cumpliendo las condiciones requeridas.

expresiones acompañan la realización del año santo, después de la apertura de las «puertas» se subraya que la peregrinación jubilar ocupa un puesto muy singular y que este no es un acto íntimo, individual, sino un signo del camino de todo el pueblo de Dios hacia el reino. Al cruzar el umbral de la puerta santa, el peregrino debe recordar aquel texto del Evangelio: «Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos» (Jn 10,9). Con este gesto el peregrino expresa su decisión de seguir y de dejarse guiar por Jesús, que es el Buen Pastor. Por otra parte, la puerta es también un paso que conduce al interior de un templo singular. Para la comunidad cristiana, el templo no es solo el espacio de lo sagrado, al cual uno se debe aproximar con respeto, con un comportamiento preciso y una vestimenta adecuada, sino que es signo de la comunión que une a todo creyente con Cristo: es el lugar del encuentro y del diálogo, de la reconciliación y de la paz que espera la visita de todo peregrino, es el espacio de la Iglesia como comunidad de fieles.

Cruzar la puerta santa en la Ciudad Eterna es una experiencia que adquiere un significado especial por la referencia a la memoria de san Pedro y san Pablo, apóstoles que fundaron y formaron la comunidad cristiana de Roma y que, con sus enseñanzas y su ejemplo, son una referencia para la Iglesia universal. En ella se encuentra, además, la tumba del Príncipe de los Apóstoles, el lugar donde fue martirizado; también se encuentra la «memoria» de san Pablo y las catacumbas, que siempre son lugares en donde se experimenta una constante inspiración. No olvidemos que la importancia de la Iglesia de Roma y el hecho del primado de su obispo —como legítimo sucesor de Pedro— vienen de ser la ciudad regada con la sangre de los apóstoles Pedro y Pablo. Su confesión de fe hasta el martirio es testimonio perenne para la Iglesia de todos los tiempos.

Además de la apertura de las puertas en las basílicas patriarcales de Roma el papa establece que el domingo 29 de diciembre de 2024, en todas las catedrales y concatedrales, los obispos diocesanos celebren la eucaristía para unirse a la apertura solemne del año jubilar, según el ritual que se preparará para la ocasión por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización. Sin embargo, tal como se desprende del documento pontificio, el rito que moderará esta celebración no establece que se abra ninguna puerta santa en ningún otro templo del orbe católico. Este es un signo de que, mirando a Roma, cada diócesis se une a la celebración del jubileo de la Iglesia universal y, al mismo tiempo, será también una celebración litúrgica importante para cada una de las Iglesias locales, ya que la Iglesia es una y única[8].

Los fieles que cruzan cualquiera de las puertas santas, con las debidas disposiciones espirituales, pueden obtener la indulgencia plenaria con las condiciones marcadas por la tradición de la Iglesia[9]. Además del signo de cruzar la puerta santa hay otro muy elocuente que realizar en Roma, donde se conserva el sepulcro de san Pedro y de san Pablo, columnas de la fe. Se trata de la profesión de fe. La profesión de fe, también llamada «símbolo», es un signo de reconocimiento propio de los bautizados; con esta antiquísima formula se expresa

---

8 Cf. Concilio Vaticano II, constitución *Lumen gentium,* 23.

9 Pasar la puerta santa no es un «rito mágico» ni un acto de superstición, ni por sí mismo es un acto que lleve ningún mérito de gracia, sino que es un signo profundo de atravesar la puerta que es Cristo y que nos adentra en el misterio de la Iglesia. Por ello, la indulgencia no se obtiene por el hecho mismo de cruzar la puerta santa, sino que se requiere la confesión sacramental y la participación en la eucaristía como elementos imprescindibles, unidos a toda aversión al pecado y deseo de vida en santidad, manifestado en obras concretas.

el contenido central de la fe porque en ella se recogen sintéticamente las principales verdades que un creyente acepta y de las que da testimonio en el día de su bautismo y comparte con toda la comunidad cristiana a lo largo de su vida.

Existen varias profesiones de fe que muestran la riqueza de la experiencia del encuentro con Jesucristo. Sin embargo, tradicionalmente, las que han adquirido un especial reconocimiento son dos: el credo bautismal de la Iglesia de Roma y el credo niceno-constantinopolitano, elaborado originalmente en el año 325 por el Concilio de Nicea y, poco más tarde, en el de Constantinopla, celebrado el año 381[10]. Con la recitación del «símbolo» se hacen elocuentes aquellas palabras del apóstol Pablo: «Porque, si profesas con tus labios que Jesús es Señor, y crees con tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo. Pues con el corazón se cree para alcanzar la justicia, y con los labios se profesa para alcanzar la salvación» (Rom 10,9-10). En este texto se subraya cómo la proclamación del misterio de la fe exige una conversión profunda no solo de las propias palabras, sino también, y, sobre todo, de la propia visión de Dios, de uno mismo y del mundo.

> Recitar con fe el credo significa entrar en comunión con Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y también con toda la Iglesia que nos transmite la fe y en el seno de la cual creemos: este símbolo es un sello espiritual, es la meditación de nuestro corazón y es como una protección siempre presente; sin ninguna duda es el tesoro que custodiamos en nuestro corazón[11].

---

[10] No olvidemos que este jubileo coincide con la celebración del 1700 aniversario del Concilio de Nicea y que la fe niceno-constantinopolitana es la esencia de la fe cristiana que une a todos los cristianos, católicos o no católicos.

[11] *Catecismo de la Iglesia católica,* 197.

3. La peregrinación

La peregrinación es un elemento que tener en cuenta en las celebraciones jubilares. Como *peregrinos de esperanza* nos ponemos en camino hacia una meta. El peregrino sabe bien de dónde parte y hacia dónde se dirige; es muy diferente al turista o a aquel que se pone en camino por puro *hobby* y que camina de un lugar para otro y no tiene una meta definida, solo observa, mira, hace fotografías y pasa a otra cosa. «Ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida. La peregrinación a pie favorece mucho el redescubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial»[12]. El papa Francisco nos recuerda que los peregrinos de este jubileo recorrerán caminos antiguos y modernos, pero se añadirán otros nuevos itinerarios de fe y siempre es bueno que nos dejemos llevar de ese recto espíritu creativo que tantas veces nos aconseja el santo padre.

Por consiguiente, para vivir bien este jubileo se nos pide que nos pongamos en camino y que superemos todo aquello que pretende limitarnos y clausurarnos en los límites de nuestra autorreferencialidad. Cuando nos movemos, de hecho, no solo cambiamos de lugar, sino que de alguna manera experimentamos una transformación dentro de nosotros mismos. Por eso, es importante prepararse, planificar el trayecto y conocer la meta. En este sentido la peregrinación que caracteriza este año santo empieza antes de que nos pongamos en movimiento: su punto de partida es acoger la invitación que nos hace el papa con la bula *Spes nun confundit,* leerla y meditarla y, después, tomar la decisión de ponernos en camino.

---

[12] Bula 2025, 5b.

La etimología de la palabra «peregrinación» es muy expresiva y ha experimentado pocos cambios de significado. En efecto, deriva del latín *per ager,* el que camina «a través de los campos», o *per eger,* que significa «cruce de frontera»; ambas raíces subrayan un mismo común denominador que es su aspecto distintivo y que implica emprender un viaje.

Toda peregrinación realizada desde la fe es una experiencia que entronca siempre con la de Abrahán; en la Biblia viene descrito como una persona en camino: «Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre» (Gen 12,1). Con estas palabras comienza su aventura, que termina en la Tierra Prometida, donde es recordado como un «arameo errante» (Dt 26,5). También en el ministerio público de Jesús nos encontramos con un viaje desde Galilea hacia la ciudad santa: «Cuando se completaron los días en que iba a ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén» (Lc 9,51). Él mismo llama a los discípulos a recorrer este camino y todavía hoy los cristianos son aquellos que lo siguen y se proponen acompañarlo. De ahí que esta peregrinación a la que se nos invita también debe ser vivida como un redescubrimiento de nuestra vida de fe. No nos olvidemos que entre los elementos oracionales que se nos recomiendan para ganar la indulgencia jubilar está, ya lo decíamos más arriba, recitar el símbolo de la fe. Por eso, «la esperanza, junto con la fe y la caridad, forman el tríptico de las "virtudes teologales", que expresan la esencia de la vida cristiana […]. Sí, necesitamos que "sobreabunde la esperanza" (cf. Rom 15,13) para testimoniar de manera creíble y atrayente la fe y el amor que llevamos en el corazón; para que la fe sea gozosa y la caridad entusiasta»[13].

[13] Bula 2025 18.

Desde esta perspectiva la peregrinación a la que nos invita el santo padre debe ayudarnos a descubrir los «signos de los tiempos», que se van desplegando delante de nosotros y poseen en sí la capacidad de sorprendernos cotidianamente. Para aquellos que hemos hecho el Camino de Santiago en varias ocasiones, nos damos cuenta de que cada etapa es diferente y cada jornada del camino tiene unas características peculiares que lo han hecho único. Hay varios itinerarios para elegir, diferentes estilos de proyectar el camino; son muchos los lugares por descubrir que no lo hemos hecho antes; las situaciones, las catequesis, los ritos y las liturgias, los mismos compañeros de viaje, que cambian a lo largo de recorrido, permiten enriquecerlo con nuevos contenidos y perspectivas. La peregrinación es una experiencia de conversión, de cambio de la propia existencia para orientarla hacia la santidad de Dios.

4. Otras celebraciones litúrgicas en el jubileo

Las celebraciones litúrgicas tienen una importancia central en el jubileo debido a su papel en la expresión y vivencia comunitaria de la fe, así como en la profundización de la relación personal y comunitaria con Dios. Esto es importante en toda la vida cristiana, pero, en un jubileo, la participación en los sacramentos se intensifica, subrayando su importancia en la vida cristiana. Son medios a través de los cuales los fieles reciben la gracia de Dios de manera tangible. Es importante que estas celebraciones sean cuidadosamente preparadas y celebradas, pensando siempre en que sean un

verdadero encuentro con Cristo y los peregrinos participen así activamente en ellas.

Viviremos celebraciones importantes antes de la peregrinación jubilar: la celebración comunitaria del sacramento de la penitencia —aunque también se podrá celebrar durante la peregrinación o al término de la misma—, en la que los fieles son llamados a una profunda conversión y renovación espiritual, cuyo signo externo será luego el camino de la peregrinación. Concretamente, se trata de vivir el sacramento de la reconciliación, de aprovechar este tiempo para redescubrir el valor de la confesión y recibir personalmente el don del perdón de Dios. El jubileo es un signo de reconciliación, porque abre un «tiempo favorable» (cf. 2 Cor 6,2) para la propia conversión, poniendo a Dios en el centro de nuestra existencia.

No podemos pasar por alto otras celebraciones sencillas pero muy elocuentes como es el caso de realizar, antes de partir, en el marco de la misma comunidad cristiana de referencia, la celebración del envío de los peregrinos, contenida en el *Bendicional*.

Evidentemente, tal como hemos dicho al principio de esta reflexión es muy importante preparar bien y darle un buen sentido catecumenal a la eucaristía, celebrada incluso diariamente, porque es «fuente y cumbre de toda la vida cristiana». En la celebración eucarística, se recibe el Cuerpo y la Sangre de Cristo: él se convierte para nosotros en ese «peregrino desconocido» que camina junto a los discípulos y les va desvelando los secretos escondidos en el misterio de la Santa Trinidad, de tal modo que puedan decir: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída» (Lc 24,29).

Nuestra peregrinación, que estará jalonada de etapas y de momentos diversos a lo largo de la jornada, debe estar im-

pregnada por la dinámica de la oración, tanto personal como aquella de la Liturgia de las Horas, oración pública de la Iglesia, de manera especial las Laudes y las Vísperas, y aconsejaría que, como último momento del día, se les ayudase a los fieles a descubrir la belleza y sencillez de las Completas —unidas a la práctica ascética del examen de conciencia—, de este modo todo el día estaría santificado. En la sociedad contemporánea no debemos tener recelo a la hora de presentar a los fieles, también a los jóvenes, la importancia que tiene la oración en la vida del cristiano y, al mismo tiempo, hacerles descubrir no solo la belleza de esta acción, sino la importancia que tienen a la hora de lograr la paz y la serenidad en el espíritu, así como la vía oportuna para abrirnos al querer de Dios. En el contexto de la comunidad cristiana es donde nos sentimos llamados para dirigirnos al Padre de las misericordias porque hemos recibido el Espíritu del Hijo. Y es, de hecho, Jesús quien ha confiado a sus discípulos la oración del padrenuestro[14]. La tradición cristiana ofrece otros textos, como el avemaría, que ayudan a encontrar las palabras adecuadas para dirigirse a Dios: «Mediante una transmisión viva, la sagrada Tradición, el Espíritu Santo, en la Iglesia, enseña a orar a los hijos de Dios»[15].

Los momentos de oración realizados durante la peregrinación muestran que el peregrino posee los caminos de Dios «en su corazón» (Sal 83,6). Este tipo de alimento necesita también de paradas y escalas varias, a menudo situadas en torno a ermitas, santuarios u otros lugares particularmente ricos desde el punto de vista del significado espiritual, donde uno se da cuenta de que —antes y al lado— otros peregrinos ya han pasado y que esos mismos caminos han sido caminos de santidad.

---

14 Cf. *Catecismo de la Iglesia católica,* 2759, 2765.

15 *Ibid.*, 2550-2660.

De hecho, los caminos que llevan a Roma coinciden a menudo con la trayectoria de muchos santos.

Llegados a Roma, destino de nuestra peregrinación, las celebraciones litúrgicas marcan también ese momento tan deseado. Durante el jubileo, las celebraciones litúrgicas se convierten así en momentos privilegiados para recibir la gracia de Dios, especialmente a través de la indulgencia plenaria.

5. La indulgencia plenaria

El Dicasterio responsable de organizar los eventos del año santo 2025 nos ha querido recordar que un signo peculiar e identificativo del año jubilar, como se ha transmitido desde el primer jubileo del año 1300, es la concesión de la indulgencia que quiere expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce confines, porque la misericordia del Señor es eterna. Esta misteriosa realidad se hace presente a través del sacramento de la penitencia y de los signos de caridad y esperanza que se establecen. Por tanto, para vivir plenamente este momento de gracia, se exhorta a hacer referencia a los lugares particulares y a las diversas modalidades indicadas en el Decreto de la Penitenciaría Apostólica, del 13 de mayo de 2024.

La indulgencia es una manifestación concreta de la misericordia de Dios, que supera los límites de la justicia humana y los transforma. Este tesoro de gracia se hizo presente a través de la historia de Jesús, de la Virgen María y de los santos: viendo estos ejemplos, y viviendo en comunión con ellos, la esperanza del perdón y del propio camino de santidad se fortalece y se convierte en una certeza. La indulgencia permite

liberar el propio corazón del peso del pecado, que permanece en él a pesar de haber recibido el perdón sacramental, para poder ofrecer con plena libertad la reparación debida[16]. Es la superación de lo que los teólogos llaman la «pena temporal» debida por el pecado ya absuelto. Digamos que la indulgencia repara de alguna manera, aplicando en nosotros el tesoro de los méritos de tanta santidad de la que es depositaria la Iglesia, de las consecuencias que han podido tener nuestros pecados, liberándonos no solo de la culpa —por medio del perdón sacramental—, sino también de la pena merecida, por medio de la indulgencia[17].

Concretamente, esta experiencia de misericordia pasa a través de algunas acciones espirituales que son indicadas por el papa. No basta solamente con pasar la puerta santa. Es necesaria la celebración del sacramento de la reconciliación —que ya se ha podido hacer al comienzo o durante la peregrinación— y la celebración de la eucaristía, recibiendo la comunión sacramental, preferiblemente en el mismo día en el que se gana indulgencia —solo se puede ganar una vez al

---

16 No deja de ser providencial que el año santo en Roma coincida con el año santo en Paray-le-Monial por los 350 años de las revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús a santa Margarita María de Alacoque, donde se nos invitaba a la reparación por los pecados de toda la humanidad. De hecho, el papa Francisco ha anunciado ya la publicación de una exhortación apostólica sobre el Sagrado Corazón de Jesús, que, junto con la bula *Spes non confundit* (2024), serán sin duda dos textos para meditar durante el año santo 2025.

17 En la explicación de la teología católica siempre se ha usado un ejemplo en este tema que es el del clavo en la madera. Por medio de la confesión se nos perdona la culpa, que sería como arrancar el clavo. Pero en la madera queda el agujero ocasionado por el clavo, que sería la pena temporal, consecuencia del pecado, que tenemos que «arreglar» en esta vida (penitencia) o después de esta vida (purgatorio). La indulgencia viene en nuestra ayuda en la reparación de la pena temporal que merecemos por nuestros pecados.

día, y puede ser aplicada por sí mismo o por un difunto—[18]. A estas condiciones propiamente litúrgicas, se añade la oración por las intenciones del papa. Esto es una señal de unidad con toda la Iglesia y su pastor supremo. Se puede rezar un padrenuestro y una avemaría, aunque cualquier otra oración puede ser válida, haciéndola con esa intención. Aquellos que, por enfermedad u otra causa, no puedan realizar la peregrinación están invitados, de todos modos, a tomar parte del movimiento espiritual que acompaña a este año jubilar, ofreciendo su sufrimiento, las contrariedades de su vida cotidiana y participando en la celebración eucarística, en la medida de sus posibilidades.

Como conclusión a este apartado podríamos decir que para el santo padre el espíritu penitencial es «como el alma del jubileo» y, por consiguiente, la indulgencia jubilar se abre a otras posibilidades porque según él estamos llamados a ser signos de esperanza para los hermanos que viven en la indigencia, por eso es necesario hacer el propósito de redescubrir las obras de misericordia corporales y espirituales, de ahí que visitando a los enfermos, a los que están en centros penitenciarios, a las personas que viven solas y en situación de abandono o aquellas que tienen capacidades diferentes, será posible obtener la indulgencia jubilar en cada visita, incluso una vez al día. Esta realidad es necesaria abrirla a otros ejer-

[18] Conviene releer bien el Decreto de la Penitenciaría Apostólica del 13 de mayo de 2024 sobre la concesión de la indulgencia durante un jubileo ordinario del año 2025, ya que permite ganar una segunda indulgencia en el mismo día, bajo unas determinadas condiciones. Dice así en la parte III: «Los fieles que habrán emitido el acto de caridad en favor de las almas del purgatorio, si se acercan legítimamente al sacramento de la comunión una segunda vez en el mismo día, podrán conseguir dos veces en el mismo día la indulgencia plenaria, aplicable solo a los difuntos».

cicios propios de nuestra sociedad de la telemática. Así, se nos propone abstenernos, durante un día, de distracciones reales o virtuales, de consumos superfluos, donando una cantidad proporcionada a los pobres. No pueden faltar signos de esperanza hacia los migrantes, exiliados, refugiados y desplazados. Es bueno ocuparse con ardor renovado de los jóvenes, los estudiantes, los novios, las nuevas generaciones, implicarse en tareas de voluntariado y en aquellas actividades que vayan encaminadas a potenciar y proteger la vida.

También nos recuerda, en clave de eternidad, que este jubileo es un tiempo propicio para abrirnos al encuentro definitivo con Cristo y, al mismo tiempo nos invita a purificarnos de todo para «permitirnos el paso definitivo al amor de Dios. Se comprende en este sentido la necesidad de rezar por quienes han finalizado su camino terreno; solidarizándose en la intercesión orante que encuentra su propia eficacia en la comunión de los santos»[19]. De ahí que la indulgencia, tal como se ha vivido en la Tradición de la Iglesia, también está destinada a los que nos han precedido, nuestros difuntos, para que obtengan misericordia. Todo esto está orientado a vivir un encuentro personal con el Señor Jesús, puerta de salvación y esperanza que no defrauda.

[19] Bula 2025, 22b.

Compromiso social del Jubileo 2025. Dispuestos a cambiar el mundo

✠ Jesús Fernández González
Obispo de Astorga
Presidente de la Comisión Episcopal para la Pastoral Social y Promoción Humana

Como cada 25 años, el papa ha convocado a la Iglesia universal a un jubileo que tendrá lugar el próximo año 2025. Una vez más, el papa Francisco nos sorprende por el enfoque y sentido que le ha querido dar y que viene reflejado en la bula de convocatoria titulada *Spes non confundit* (Rom 5,5). Centrado en la virtud de la esperanza, destaca por su significado y contenido pastoral y social, lo que no quiere decir que deje de lado las fuentes de la Sagrada Escritura y de la Tradición de nuestra fe. En este sentido, nos recuerda que la esperanza es una de las tres virtudes teologales cuya fuente y meta se encuentran en Dios pero que, a la vez, exigen nuestro compromiso para mantenerse vivas y con capacidad para transformar el mundo según el modelo del Evangelio.

Como dice bellamente el *Catecismo de la Iglesia católica:*

> La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna […], preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad[1].

No es posible una vida feliz si la persona no descubre motivos que le den sentido. Los encontrará en los valores que contribuyen al desarrollo personal, social y eclesial. En el mundo hay personas que se mueven, que viven para el disfrute; las hay que encuentran un cierto sentido a su vida en la medida en que acumulan bienes que le dan una supuesta seguridad; otras, escalando puestos en el *ranking* de popularidad. Estamos ante esperanzas materiales con fecha de caducidad.

Existen también personas, con gustos más refinados, que se mueven por valores sociales y ven colmadas sus aspiraciones en el encuentro y en el compartir con otra persona o con un grupo social más o menos amplio; y, en fin, también las hay que se sienten atraídas por ciertos valores culturales. Desgraciadamente, también estas, cuando llega el momento en que la vida está en juego, se muestran decepcionadas.

Como dice el papa Benedicto, el hombre tiene muchas esperanzas a lo largo de su vida, esperanzas que van cambiando con los años. Cuando todas hayan sido cumplidas, sin embargo, el hombre advierte que no le llenan. «Es evidente que solo puede contentarse con algo infinito, algo que será siempre más de lo que nunca podrá alcanzar […]. Esta gran esperanza solo puede ser Dios»[2]. Es lógico, solo en la dimen-

---

1 *Catecismo de la Iglesia católica,* 1818.

2 Benedicto XVI, carta encíclica *Spe salvi,* 30-31.

sión espiritual y religiosa encuentra el hombre la plenitud de su desarrollo integral y la posibilidad de organizar de forma coherente la escala de valores.

Algunos han visto ahogadas sus esperanzas y se sienten desfallecer ante las adversidades acaecidas en sus vidas: situaciones de opresión, abandono o falta de sentido, que van contra la esperanza, llegando incluso a perder de vista el «anhelo de felicidad puesto por Dios» en sus corazones.

Frente a estas esperanzas que —como dice el *Catecismo*— inspiran las actividades de los hombres, la esperanza cristiana «las purifica para ordenarlas al reino de los cielos». Precisamente Jesús de Nazaret, al predicar las bienaventuranzas, eleva nuestras esperanzas hacia el cielo, la tierra prometida, y nos traza el camino hacia ella. Así pues, podemos esperar la gloria del cielo prometida por Dios a los que lo aman (cf. Rom 8,28-30) y cumplen su voluntad (cf. Mt 7,21). Allí encontraremos a Dios, la meta de la gran esperanza.

1. Fe, esperanza y amor caminan unidos

La esperanza señala la orientación, la finalidad de la existencia humana. Tanto la fe como el amor necesitan de ella. Como advierte el papa Francisco, necesitamos que sobreabunde la esperanza «para testimoniar de manera creíble y atrayente la fe y el amor que llevamos en el corazón; para que la fe sea gozosa y la caridad entusiasta; para que cada uno sea capaz de dar, aunque sea una sonrisa, un gesto de amistad, una mirada fraterna, una escucha sincera, un servicio gratuito, sabiendo

que, en el Espíritu de Jesús, esto puede convertirse en una semilla fecunda de esperanza para quien lo recibe»[3].

Al mismo tiempo, la esperanza necesita de la fe. Se fundamenta en la convicción de que nada ni nadie podrá apartarnos del amor de Dios (cf. Rom 8,35.37-39). Nuestra fe nos asegura que, a pesar de nuestra pequeñez y de nuestra pobreza, Dios está siempre a nuestro lado, especialmente cuando somos acosados por el mal y las desgracias. En la parábola del buen samaritano, se nos presenta Jesucristo como el compasivo, tierno, sanador; ¿cómo no confiar en un Dios así? El perdón y la misericordia del Padre, encarnados en él, garantizan nuestra esperanza.

El centro de nuestra fe no es otro que Jesucristo muerto y resucitado. Con su muerte y resurrección, el Señor nos ha liberado del pecado y de la muerte. «La esperanza cristiana —dice el papa Francisco— encuentra su raíz no en el atractivo del futuro sino en la seguridad de lo que Dios nos ha prometido y ha realizado en Jesucristo»[4]. Sepultados con él en el bautismo, recibimos el don de una vida nueva, haciendo de la muerte un pasaje hacia la eternidad. El papa nos recuerda también que, durante mucho tiempo, construyeron la pila bautismal en forma octogonal para expresar que, con el bautismo, se inaugura el octavo día, es decir, el de la resurrección[5].

Y, en definitiva, la esperanza necesita apoyarse en el amor de Dios, a Dios, y a los hermanos. Como dice el papa Francisco, «el amor es el motor que hace ir adelante nuestra esperan-

---

[3] Francisco, bula de convocatoria del jubileo 2025 *La esperanza no defrauda,* 18.
[4] Francisco, Catequesis en audiencia (26-4-2017).
[5] Francisco, bula *Spes not confundit* de convocatoria del jubileo 2025, 20.

za»[6]. Así sucede con aquellos que, movidos por el amor, son capaces de perdonar y compartir con los pobres y excluidos, sosteniendo de ese modo su esperanza. Lo mismo podemos decir de los mártires. Ellos han sido capaces de abrazar el martirio por amor a Cristo y a su Iglesia, en la esperanza de vivir la vida eterna unidos para siempre a él y a la corte celestial. De este modo, se han convertido para nosotros en los mejores testigos de ese amor que, en medio de tantos desafíos, sostiene nuestra esperanza.

Las virtudes de la fe, la esperanza y el amor son características de la vida cristiana y juntas marcan no solo la meta del cristiano, sino el modo de recorrer el camino[7], «son infundidas por Dios en el alma de los fieles para hacerlos capaces de obrar como hijos suyos y merecer la vida eterna»[8]. Desde esta unidad descubrimos en la realidad que nos circunda, signos de esperanza y retos a los que dar respuesta.

2. Signos y retos para la esperanza

Como indica el papa Francisco, «en el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien… Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro conduce con frecuencia a las personas a la desconfianza, el desánimo, el escepticismo, el pesimismo»[9]. Efectivamente, la esperanza tentada necesita ser sostenida. Una de las formas sin duda ha de ser «poner atención a lo bueno que hay en el mundo para no

---

6 Francisco, Catequesis en audiencia (12-4-2017).

7 Cf. Francisco, Catequesis en Audiencia (24-4-2024).

8 *Catecismo de la Iglesia católica,* 1813.

9 Francisco, bula *Spes not confundit* de convocatoria del jubileo 2025, 1.

caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia»[10]. De este modo, atendemos también las indicaciones del Concilio Vaticano II que nos invita a redescubrir la esperanza en los signos de los tiempos que el Señor nos ofrece.

2.1. El compromiso por la paz

Por una parte, avanza el sueño de un mundo sin guerras, en el que callen las armas y cese la destrucción y la muerte. Ciertamente son muchas las personas e instituciones que se afanan por conseguirla, haciéndose acreedoras de la bienaventuranza prometida por Jesucristo a los que trabajan por la paz: «Serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9). Por desgracia, sin embargo, se multiplican los conflictos en el mundo, especialmente en Oriente Medio y en Ucrania. Frente a esta situación, el papa invita a potenciar la diplomacia y a abrir espacios para la negociación[11].

Junto a los conflictos a gran escala, se desarrollan otros que tienen lugar en las familias, en el mundo de la política, en las redes sociales… Sin duda la vida del día a día se vive en un contexto de frecuentes tensiones e incluso violencia verbal y física. Convencidos de que «el Espíritu se halla en el origen de los nobles ideales y de las iniciativas de bien de la humanidad en camino»[12], y de que su presencia y acción universal sigue haciéndose presente en los individuos, la sociedad, la cultura, los pueblos y las religiones, hemos de comprometernos en la forja de una cultura del diálogo y del encuentro,

---

10 *Ibid.,* 7.
11 Cf. *ibid.,* 8.
12 San Juan Pablo II, carta encíclica *Redemptoris missio,* 28.

basada en el respeto a la dignidad de toda persona, independientemente de su situación física, intelectual, psicológica y religiosa.

2.2. Por una cultura a favor de la vida

No podemos dudar de que finalmente la vida siempre se abre camino. En este sentido, es gozoso considerar la apuesta por la vida de tantas madres que dan a luz a sus hijos, muchas veces en medio de numerosas dificultades, y la dedicación de tantos sanitarios que con profesionalidad tratan de curar y paliar el dolor y la enfermedad con el cuidado y amor del «samaritano». Debemos también recordar a los numerosos agentes de la pastoral de la salud que llevan esperanza a tantas personas que pasan por las noches del dolor o por el valle de la muerte; y, cómo no, es necesario reconocer el trabajo de tantas asociaciones que agrupan a un sinfín de miembros que apuestan por propagar los bienes y valores que todos somos capaces de relacionar con la vida: fecundidad, acogida, cuidado, hospitalidad, encuentro, amistad, alegría, proyecto… Nada de esto es posible sin sacrificio y esfuerzo, no en vano todos hemos venido a este mundo gracias a un acto de fortaleza de una mujer.

También sabemos que, junto al compromiso firme y esperanzador de muchas personas e instituciones a favor del valor fundamental de la vida, nuestro mundo se enfrenta a una poderosa «cultura de la muerte». Al atentado contra la vida que suponen la guerra y la violencia, se suman el aborto y la eutanasia, que gozan de un importante apoyo ideológico y social en nuestro país. A estos males, hay que añadir la escasa natalidad. Como indica el papa Francisco, cuando se tiene esperanza, se mira el futuro queriendo compartir con los demás. Es lo que

pasa en muchas sociedades jóvenes, alegres, llenas de color y fecundas a la hora de tener descendencia. En cambio, en otras como la occidental, el miedo al futuro ha sembrado egoísmo y pérdida del deseo de transmitir la vida[13] . De ahí, la preocupante disminución de natalidad que nos ha llevado a ocupar el puesto de cola en esta estadística en el ámbito europeo.

Ante esta situación, los cristianos hemos de recordar el mandato de Creador: «Creced y multiplicaos» (Gen 1,28). Sin duda, «la apertura a la vida es el proyecto que el Creador ha inscrito en el corazón y en el cuerpo de los hombres y mujeres, una misión que el Señor confía a los esposos y a su amor». Por otra parte, a nivel social, necesitamos «una alianza social para la esperanza» y, en definitiva, «recuperar la alegría de vivir»[14].

2.3. Trabajar por la inclusión

En nuestro mundo, tiene una fuerte implantación la cultura del descarte, una cultura individualista que carece de la conciencia del «nosotros» y de un proyecto común; al mismo tiempo, descarta a los no útiles ni productivos[15]. «Mientras nuestro sistema económico y social produzca una sola víctima y haya una sola persona descartada, no habrá una fiesta de fraternidad universal»[16], por eso, estamos comprometidos a trabajar por la inclusión; a continuación, enumeramos algunos ámbitos.

---

13 Francisco, bula *Spes not confundit* de convocatoria del jubileo 2025, 9.
14 *Ibid.*, 9.
15 Francisco, carta encíclica *Fratelli tutti,* 18.
16 Francisco, carta encíclica *Fratelli tutti,* 110.

a) *La inclusión de los pobres.* En primer lugar, nos duele y nos preocupa la exclusión de los pobres. Si centramos la atención en la familia, descubrimos que está sufriendo una crisis cultural profunda y está afrontando, al mismo tiempo, serias dificultades económicas agravadas por la falta de una política de apoyo decidido. Últimamente, la inflación ha reducido su capacidad adquisitiva, lo que ha incrementado las desigualdades. Especialmente difícil lo tienen aquellas que atienden a alguna persona discapacitada o han quedado sin empleo[17].

b) *La inclusión de niños y jóvenes.* Nos preocupa también la exclusión de los niños y de los jóvenes. La pobreza infantil en España alcanza cotas lamentables. Muchos niños carecen también de un ambiente familiar y social apto para desarrollarse adecuadamente. Por otra parte, es especialmente dolorosa la situación de los jóvenes y de los mayores de 50 años que se han quedado sin empleo. En su visita a Barcelona, el año 1982, el papa san Juan Pablo II ya ahondaba en la problemática asociada al paro:

> De un paro prolongado nace la inseguridad, la falta de iniciativa, la frustración, la irresponsabilidad, la desconfianza en la sociedad y en sí mismos; se atrofian así las capacidades de desarrollo personal; se pierde el entusiasmo, el amor al bien; surgen las crisis familiares, las situaciones personales desesperadas, y se cae entonces fácilmente —sobre todo los jóvenes— en la droga, el alcoholismo y la criminalidad[18].

Cuarenta y dos años después de estas palabras, lamentablemente la situación no ha mejorado. Hoy nos preocupa

---

[17] CV Asamblea Plenaria de la CEE, instrucción pastoral *Iglesia, servidora de los pobres,* 3.

[18] San Juan Pablo II, mensaje a los trabajadores y empresarios en el viaje apostólico a España, 5.

también la pobreza laboral debida a la parcialidad, los bajos salarios y la temporalidad. La importancia del trabajo subjetivo ante el objetivo, de la que nos habló el papa san Juan Pablo II, sigue resultando esencial para situar a la persona humana sobre el capital[19].

Afortunadamente, hay muchos jóvenes que nos ofrecen un gran testimonio de esperanza. Son aquellos que nutren el voluntariado de muchas obras benéficas, los que se preocupan de los demás, los que trabajan por hacer realidad el sueño de un mundo mejor. Por desgracia, sin embargo, muchos ven fracasar sus proyectos por la falta de oportunidades y trabajo. Como nos recuerda el papa Francisco, el jubileo nos ofrece una oportunidad para estimularlos, «ocupémonos con ardor renovado de los jóvenes»[20], para que puedan ser los protagonistas «de una civilización más justa y fraterna»[21].

c) *La inclusión de las personas que padecen una soledad no deseada.* Hemos de trabajar también a favor de la inclusión social de estas personas. Los análisis sociológicos denuncian una creciente desvinculación social en nuestro país. A ello contribuyen el individualismo, el vertiginoso ritmo de vida, e incluso el uso de los modernos medios de comunicación social que permite mejorar la información, pero no la comunicación personal. Efectivamente, estamos conectados, pero no vinculados[22].

A su vez, una parte importante de la geografía nacional está poblada por pequeños núcleos de población, con frecuencia distantes, casi vacíos sobre todo en invierno, y con gente muy anciana. A esto se suma la dificultad de muchas personas

---

19 Cf. san Juan Pablo II, carta encíclica *Laborem exercens,* 6.

20 Francisco, bula *Spes not confundit* de convocatoria del jubileo 2025, 12.

21 Francisco, exhortación apostólica *Christus vivit,* 174.

22 Cf. Francisco, carta encíclica *Fratelli tutti,* 33.

mayores para desplazarse por falta de medios de transporte, o por la incapacidad para manejarlos, a lugares donde puedan recibir los servicios sociales que necesitan.

Este no es el único problema que se les presenta a nuestros ancianos. Frecuentemente se ven abandonados por su propia familia y minusvalorados por la sociedad. La consecuencia de todo ello es una soledad no deseada y el aumento de los problemas neurológicos. Ante esta realidad, no podemos permanecer ajenos, hemos de idear fórmulas de contacto, de relación y de cuidado. Todos los esfuerzos e iniciativas de las instituciones religiosas y civiles en este sentido han de ser valorados y apoyados. Tengamos en cuenta lo que nos pide el papa Francisco: «Valorar el tesoro que son, sus experiencias de vida, la sabiduría que tienen y el aporte que son capaces de ofrecer, es un compromiso para la comunidad cristiana y para la sociedad civil, llamadas a trabajar juntas por la alianza entre las generaciones»[23]. Y, por supuesto, hace falta la implicación de las personas particulares. Necesitamos un voluntariado bien preparado y organizado que colabore en la atención integral a las personas más aisladas y necesitadas de un mayor contacto personal y un mayor apoyo. Necesitamos repensar nuestros modelos comunitarios para dar cabida a estas realidades de exclusión.

d) *La inclusión de los migrantes.* Trabajemos por acoger, proteger, promover e integrar a los migrantes. Todo ser humano tiene derecho a buscar mejores condiciones de vida en un país diferente al suyo. Las situaciones de conflicto, persecución y pobreza de muchas zonas del planeta han acentuado la movilidad humana en los últimos tiempos. Constantemente están

[23] *Ibid.*, 14.

llegando a nuestras tierras migrantes cargados de sueños y de una esperanza que ojalá no se vea frustrada por prejuicios y cerrazones. Es necesario reconocer su dignidad como personas y como hijos de Dios que son. También hemos de valorar la aportación que realizan a nuestra sociedad y a nuestra Iglesia, como signo de esperanza de la presencia de Dios[24].

e) *La atención a los encarcelados.* También es momento muy oportuno para que, en el contexto jubilar, nos acerquemos a los encarcelados. En un jubileo de esperanza parece pertinente que una expresión del mismo sea abrir nuestra mente a la esperanza de la reinserción, para ello, lógicamente hay que reestablecer la justicia en la medida de lo posible; pero la cosmovisión cristiana siempre nos abre al horizonte de la posibilidad del reinicio moral y, por la tanto, civil. Corresponde a las instituciones legislativas y judiciales abrir los cauces necesarios para que esto sea posible legalmente y a nosotros —como Iglesia— seguir acompañando, animando y llenando de esperanza a aquellos que sueñan con recobrar su libertad perdida, ayudando a la sanación integral de las personas.

f) *La inclusión de los que padecen pobreza moral.* El relativismo moral campa a sus anchas en nuestro territorio nacional. Los distintos pronunciamientos del Magisterio eclesial, producidos durante las últimas décadas, no parecen haber surtido los efectos deseados. Las pasiones alimentadas por un consumismo feroz y sin ninguna tutela ética están dando lugar a todo tipo de corrupciones. Ya en el año 2015, los obispos españoles mostrábamos nuestra preocupación por la corrupción provocada por la codicia financiera y la avaricia personal.

---

[24] Conferencia Episcopal Española, exhortación pastoral *Comunidades acogedoras y misioneras* (EDICE, Madrid 2024) 15.

El enriquecimiento que supone es una seria afrenta para los que sufren la crisis, quiebra gravemente la solidaridad y siembra la desconfianza social. Estamos ante «un pecado grave»[25].

Inmersos en esa corrupción se hallan aquellos que hacen negocio privando de libertad a otras personas. Nos preocupan especialmente los que negocian con sus cuerpos, aprovechándose de su pobreza y, como no, las víctimas de la trata. Precisamente, salir en su ayuda es el compromiso que la Iglesia en España se ha fijado para el próximo jubileo.

Nos preocupa también la corrupción política que compromete el correcto funcionamiento del Estado, perjudica la relación gobernantes-gobernados, introduce la desconfianza en las instituciones y del mismo sistema democrático que como sociedad nos hemos dado[26]. No es de recibo que una misma acción sea reprobable si la realiza alguien de otra formación política y sea tolerable si la realiza alguien del propio partido. Es necesario y urgente acabar con todo tipo de corrupciones a través de una regeneración moral a nivel personal y social que nos permita crecer en el aprecio del bien común. Se requiere de «una sana política, capaz de reformar las instituciones, coordinarlas y dotarlas de mejores prácticas, que permitan superar presiones e inercias viciosas»[27].

g) *La inclusión de los que padecen pobreza religiosa.* Junto a la pobreza moral, nos preocupa la religiosa. Desgraciadamente, crece la indiferencia religiosa y el olvido de Dios. Muchos bautizados carecen de una suficiente formación en este campo y son víctimas fáciles de ideologías alicortas que los llevan

---

25 CV Asamblea Plenaria de la CEE, instrucción pastoral *Iglesia, servidora de los pobres,* 10.

26 *Ibid.,* 11.

27 Francisco, carta encíclica *Laudato si',* 181.

a una visión del mundo sin Dios. Esta situación nos reclama una nueva evangelización en la que el encuentro con Cristo, la implicación en el mundo y la generación de signos de esperanza caminan unidos.

Ante el riesgo de prescindir de Dios, es oportuno recordar unas palabras del papa san Pablo VI: «Ciertamente el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero, al fin y al cabo, sin Dios no puede menos de organizarla contra el hombre»[28]. Reconociendo a Dios, el hombre se enriquece, creyendo en él, sus valoraciones éticas reciben claridad y firmeza, amándolo somos empujados a amar. En definitiva, «ignorar a Cristo constituye una indigencia radical»[29]. Por lo tanto, hay que darle la razón al papa Francisco cuando afirma que «la peor discriminación que sufren (los pobres) es la falta de atención espiritual»[30].

3. Alentar la fe y la esperanza para transformar el mundo

Ningún otro nombre se nos ha dado, en el cual los seres humanos estemos salvados, sino el de Jesús (cf. Hch 4,12). En ese nombre, identificamos nuestra esperanza. Jesucristo se hizo hombre para rescatarnos del pecado y de la muerte y lograr así para nosotros la salvación. Pero su redención no tiene solo un sentido individual, sino también social, por lo que no solo ha sido salvado cada individuo, sino también las mismas

---

28 S. Pablo VI, carta encíclica *Populorum progressio,* 42.

29 CV Asamblea Plenaria de la CEE, instrucción pastoral *Iglesia, servidora de los pobres,* 12.

30 Francisco, exhortación epostólica *Evangelii gaudium,* 200.

relaciones sociales. El proyecto de Jesús es instaurar el reino de su Padre; él pide a sus discípulos: «¡Proclamad que está llegando el reino de los cielos!» (Mt 10,7).

Con el papa Francisco podemos afirmar que, «en la medida en que él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos»[31]. Tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales, ya que la palabra acampó entre los hombres (Cf. Jn 1,14) y «pasó haciendo el bien» (Hch 10,38) «haciéndose uno de tantos» (Flp 2,7), siendo su mensaje el anuncio e instauración de los valores del reino de Dios; por nuestra parte, nosotros, discípulos misioneros suyos, estamos sacramentalmente vocacionados a buscar y realizar su reino: «Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás vendrá por añadidura» (Mt 6,33).

Al mismo tiempo, hay que afirmar también con el mismo papa, que

> nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos […]. Una auténtica fe —que nunca es cómoda e individualista— siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra […]. Todos los cristianos, también los pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor. De eso se trata, porque el pensamiento social de la Iglesia es ante todo positivo y propositivo, orienta una acción transformadora, y en ese sentido no deja de ser un signo de esperanza que brota del corazón amante de Jesucristo[32].

---

31 *Ibid.,* 180.

32 Cf. Francisco, exhortación apostólica *Evangelii gaudium,* 183.

4. Algunas propuestas esperanzadoras

Difícilmente podremos transformar el mundo según el Evangelio, tratando de hacer presente en él el reino de Dios, si antes no cambiamos personalmente, es decir, sin la conversión personal. Ciertamente, mientras más nos configuremos con Cristo, más activa y eficaz será nuestra caridad[33] y, por lo tanto, más crecerá la esperanza de los pobres.

Esta conversión se ha de fundamentar en el cultivo de una espiritualidad adecuada, puesto que la caridad hunde sus raíces en la fe en Dios. Como afirma el papa Francisco, «siempre hace falta cultivar un espacio interior que dé sentido al compromiso»[34]. Tanto las personas que trabajan en el campo caritativo y social como las instituciones han de cultivar una espiritualidad trinitaria, encarnada, de ojos y oídos abiertos a los pobres, una espiritualidad de la ternura y de la gracia, transformadora, pascual y eucarística[35].

Para la transformación del mundo, es fundamental también la evangelización. El Señor Jesús nos indicó: «Lo que hemos recibido gratis dadlo gratis» (Mt 10,8) y nosotros hemos recibido la esperanza en Cristo y, por ello, no podemos ni debemos olvidar el anuncio explícito de Jesucristo y, siguiendo sus enseñanzas, no debemos tener ninguna duda de que la mejor forma de evangelizar es el amor. Efectivamente, el

---

[33] CV Asamblea Plenaria de la CEE, instrucción pastoral *Iglesia, servidora de los pobres,* 34.

[34] Francisco, exhortación apostólica *Evangelii gaudium,* 262.

[35] CV Asamblea Plenaria de la CEE, instrucción pastoral *Iglesia, servidora de los pobres,* 38.

amor es un lenguaje universal, cuya comprensión no precisa de una iniciación especial. Otra forma de anuncio es el acompañamiento a los hermanos en dificultades. Por otra parte, no evangelizaremos en el campo social si no trabajamos por la justicia y denunciamos proféticamente la injusticia. «Nuestra caridad no puede ser meramente paliativa, debe ser preventiva, curativa y propositiva»[36].

Una forma exquisita de caridad ha de ser el recto ejercicio de la función pública que lleve a trabajar por erradicar las causas profundas de la pobreza y la discriminación social, a promover el desarrollo integral de la persona, incluida su dimensión religiosa, a buscar el bien común, defendiendo la vida y la familia como bienes sociales fundamentales, a favorecer una economía inclusiva y de comunión, dando protagonismo a las instituciones y favoreciendo la participación social[37].

Conclusión

El miedo parece estar ganando la partida a la esperanza. A las puertas del jubileo, resuena la duda que tuvo el pueblo de Israel: «¿Qué comeremos el séptimo año, si no podemos sembrar ni recoger nuestros productos?» (Lev 25,20). Necesitamos confianza en el Señor que responde: «Yo les mandaré mi bendición» (Lev 25,21). Este es el sueño del papa Francisco: que el próximo jubileo 2025 nos ayude a recuperar la confianza en la Iglesia, en la sociedad, en los

[36] *Ibid.*, 42.
[37] Cf. *ibid.*, 46-55.

vínculos interpersonales y en las relaciones internacionales, en la promoción de la dignidad de la persona y en el respeto a la creación[38]. El don divino de la esperanza no nos va a faltar. Ojalá tampoco nuestro compromiso. A María, la Madre de la Esperanza, se lo encomendamos.

[38] Francisco, bula *Spes not confundit* de convocatoria del Jubileo 2025, 25.

Sobre la concesión de la indulgencia durante el jubileo ordinario del año 2025 convocado por su santidad el papa Francisco

Angelo Card. de Donatis
Penitenciario mayor
✠ S. E. Mons. Krzysztof Nykiel
Regente

«Ahora ha llegado el momento de un nuevo jubileo, para abrir de par en par la puerta santa una vez más y ofrecer la experiencia viva del amor de Dios» (*Spes non confundit,* 6). En la bula de convocación del jubileo ordinario del 2025, el santo padre, en el momento histórico actual en el que «la humanidad, desmemoriada de los dramas del pasado, está sometida a una prueba nueva y difícil cuando ve a muchas poblaciones oprimidas por la brutalidad de la violencia» (*Spes non confundit,* 8), llama a todos los cristianos a hacerse peregrinos de esperanza. Esta es una virtud que hay que redescubrir en los signos de los tiempos, los cuales, encerrando «el anhelo del

corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza» (*Spes non confundit,* 7), que deberá provenir sobre todo de la gracia de Dios y de la plenitud de su misericordia.

Ya en la bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia del 2015, el papa Francisco subrayó cuánto adquiría la indulgencia en ese contexto «una relevancia particular» (*Misericordiae vultus,* 22), pues la misericordia de Dios «se transforma en indulgencia del Padre que a través de la Esposa de Cristo alcanza al pecador perdonado y lo libera de todo residuo, consecuencia del pecado» *(ibid.).* Análogamente hoy el santo padre declara que el don de la indulgencia «permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios. No sin razón en la antigüedad el término "misericordia" era intercambiable con el de "indulgencia", precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites» (*Spes non confundit,* 23). La indulgencia es entonces, una gracia jubilar.

Por este motivo, también con ocasión del jubileo ordinario del 2025, por voluntad del sumo pontífice, este «Tribunal de Misericordia», a quien corresponde disponer todo lo que concierne a la concesión y al uso de la indulgencia, pretende motivar los ánimos de los fieles para desear y alimentar el pío deseo de obtener la indulgencia como don de gracia, propio y peculiar de cada año santo y establece las siguientes prescripciones, para que los fieles puedan usufructuar de las «disposiciones para poder obtener y hacer efectiva la práctica de la indulgencia jubilar» (*Spes non confundit,* 23).

Durante el jubileo ordinario del 2025 permanece en vigor cualquier otra concesión de indulgencia. Todos los fieles verdaderamente arrepentidos, excluyendo todo afecto al

pecado (cf. *Enchiridion indulgentiarum,* IV ed., norm. 20, § 1) y movidos por espíritu de caridad y que, en el curso del año santo, purificados a través del sacramento de la penitencia y alimentados por la santa comunión, oren por las intenciones del sumo pontífice, podrán conseguir del tesoro de la Iglesia, plenísima indulgencia, remisión y perdón de sus pecados, pudiéndose aplicar a las almas del purgatorio en forma de sufragio:

1. En las sagradas peregrinaciones

Los fieles, *peregrinos de esperanza,* podrán conseguir la indulgencia jubilar concedida por el santo padre si emprenden una pía peregrinación *hacia cualquier lugar sagrado jubilar:* participando devotamente en la santa misa (siempre que lo permitan las normas litúrgicas se podrá utilizar especialmente la misa propia por el jubileo o bien, la misa votiva: para la reconciliación, por el perdón de los pecados, para pedir la caridad y para fomentar la concordia); en una misa ritual para conferir los sacramentos de iniciación cristiana o la unción de los enfermos; en la celebración de la Palabra de Dios; en la Liturgia de las Horas (Oficio de lecturas, Laudes, Vísperas); en el viacrucis; en el rosario mariano; en el himno del *Akathistos;* en una celebración penitencial, que concluya con las confesión individual de los penitentes, como está establecido en el rito de la penitencia (forma II);

— *en Roma:* en al menos una de las cuatro basílicas papales mayores: de San Pedro en el Vaticano, del Santísimo Salvador en el Laterano, de Santa María la Mayor, de San Pablo Extramuros;

— *en Tierra Santa:* en al menos una de las tres basílicas: del Santo Sepulcro en Jerusalén, de la Natividad en Belén, de la Anunciación en Nazaret;

— *en otras circunscripciones eclesiásticas:* en la iglesia catedral u otras iglesias y lugares sagrados designados por el ordinario del lugar. Los obispos tendrán en cuenta las necesidades de los fieles, así como la oportunidad misma para mantener intacto el significado de la peregrinación con toda su fuerza simbólica, capaz de manifestar la necesidad apremiante de conversión y de reconciliación.

2. En las pías visitas a los lugares sagrados

También, los fieles podrán conseguir la indulgencia jubilar si, individualmente o en grupo, visitan devotamente cualquier lugar jubilar y ahí, durante un período de tiempo adecuado, realizan adoración eucarística y meditación, concluyendo con el padrenuestro, la profesión de fe en cualquier forma legítima e invocaciones a María, Madre de Dios, para que en este año santo todos «puedan experimentar la cercanía de la más afectuosa de las madres que nunca abandona a sus hijos» (*Spes non confundit,* 24).

Con la especial ocasión del año jubilar, se podrán visitar también, además de los insignes lugares de peregrinación anteriormente dichos, estos otros lugares sagrados con las mismas condiciones:

— *en Roma:* la basílica de la Santa Cruz en Jerusalén, la basílica de San Lorenzo al Verano, la basílica de San

Sebastián (se recomienda vivamente la devota visita llamada «de las siete Iglesias», tan querida por san Felipe Neri), el santuario del Divino Amor, la iglesia de Santo Spirito in Sassia, la iglesia de San Pablo alle Tre Fontane, lugar del martirio del apóstol, las catacumbas cristianas; las iglesias de los caminos jubilares dedicadas respectivamente al *Iter Europaeum* y las iglesias dedicadas a las mujeres *patronas de Europa y doctoras de la Iglesia* (basílica de Santa María sopra Minerva, iglesia de Santa Brígida en Campo de' Fiori, iglesia de Santa María della Vittoria, iglesia de Trinità dei Monti, basílica de Santa Cecilia en Trastevere, basílica de San Agustín en Campo Marzio);

— *en otros lugares del mundo:* las dos basílicas papales menores de Asís: de San Francisco y de Santa María de los Ángeles; las basílicas pontificias de la Virgen de Loreto, de la Virgen de Pompeya, de San Antonio de Padua; cualquier basílica menor, iglesia catedral, iglesia concatedral, santuario mariano, así como, para utilidad de los fieles, cualquier insigne iglesia colegiada o santuario designado por cada obispo diocesano o eparquial, como también santuarios nacionales o internacionales, «lugares santos de acogida y espacios privilegiados para generar esperanza» (*Spes non confundit,* 24), indicados por las conferencias episcopales.

Los fieles verdaderamente arrepentidos que no puedan participar en las solemnes celebraciones, en las peregrinaciones y en las pías visitas por graves motivos (especialmente todas las monjas y los monjes de clausura, los ancianos, los enfermos, los reclusos, como también aquellos que, en hospitales o en otros lugares de cuidados, prestan servicio continuo

a los enfermos) conseguirán la *indulgencia jubilar,* con las mismas condiciones si, unidos en espíritu a los fieles en presencia, particularmente en los momentos en los cuales las palabras del sumo pontífice o de los obispos diocesanos sean trasmitidas a través de los medios de comunicación, recitan en la propia casa o ahí donde el impedimento les permita (p. ej. en la capilla del monasterio, del hospital, de la casa de cuidados, de la cárcel…) el padrenuestro, la profesión de fe en cualquier forma legítima y otras oraciones conforme a las finalidades del año santo, ofreciendo sus sufrimientos o dificultades de la propia vida.

3. En las obras de misericordia y de penitencia

Además, los fieles podrán conseguir la *indulgencia jubilar* si, con ánimo devoto, participan en las misiones populares, en ejercicios espirituales u otros encuentros de formación sobre los textos del Concilio Vaticano II y del *Catecismo de la Iglesia católica,* que se realicen en una iglesia u otro lugar adecuado, según la intención del santo padre.

No obstante la norma según la cual se puede conseguir solo una indulgencia plenaria al día (cf. *Enchiridion indulgentiarum,* IV ed., norm. 18, § 1), los fieles que hayan emitido el acto de caridad en favor de las almas del purgatorio, si se acercan legítimamente al sacramento de la comunión una segunda vez en el mismo día, podrán conseguir dos veces en el mismo día la indulgencia plenaria, aplicable solo a los difuntos (se entiende al interno de una celebración eucarística; cf. can 917 y Pontificia Comisión para la Interpretación Auténtica del CIC,

Responsa ad dubia, 1, 11-7-1984). A través de esta doble oblación, se realiza un laudable ejercicio de caridad sobrenatural, por el vínculo mediante el cual están unidos en el cuerpo místico de Cristo los fieles que aún peregrinan en la tierra, junto con aquellos que ya han terminado su camino, pues «la indulgencia jubilar, en virtud de la oración, está destinada en particular a los que nos han precedido, para que obtengan plena misericordia» (*Spes non confundit,* 22).

Pero, de manera más peculiar, precisamente «en el año jubilar estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria» (*Spes non confundit,* 10): por lo tanto, la indulgencia está unida también a las obras de misericordia y de penitencia, con las cuales se testimonia la conversión emprendida. Los fieles, siguiendo el ejemplo y el mandato de Cristo, sean estimulados a realizar más frecuentemente obras de caridad o misericordia, principalmente al servicio de aquellos hermanos que se encuentran agobiados por diversas necesidades. Redescubran más precisamente «las obras de *misericordia corporales:* dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos» (*Misericordiae vultus,* 15) y redescubran asimismo «las obras de *misericordia espirituales:* dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos» *(ibid.).*

Del mismo modo, los fieles podrán conseguir la indulgencia jubilar si se dirigen a visitar por un tiempo adecuado a los hermanos que se encuentran en necesidad o en dificultad (enfermos, encarcelados, ancianos en soledad, personas con

capacidades diferentes…), como realizando una peregrinación hacia Cristo presente en ellos (cf. Mt 25,34-36) y siguiendo las habituales condiciones espirituales, sacramentales y de oración. Los fieles, sin duda, podrán repetir tales visitas en el curso del año santo, obteniendo en cada una de ellas la indulgencia plenaria, incluso cotidianamente.

La indulgencia plenaria jubilar podrá ser conseguida también mediante iniciativas que ayuden en modo concreto y generoso al espíritu penitencial que es como el alma del jubileo, redescubriendo en particular el valor penitencial del viernes: absteniéndose, en espíritu de penitencia, al menos durante un día de distracciones banales (reales y también virtuales, inducidas, por ejemplo, por los medios de comunicación y por las redes sociales) y de consumos superfluos (por ejemplo ayunando o practicando la abstinencia según las normas generales de la Iglesia y las especificaciones de los obispos), así como otorgando una proporcionada suma de dinero a los pobres; sosteniendo obras de carácter religioso o social, especialmente en favor de la defensa y protección de la vida en cada etapa y de la calidad de la misma, de la infancia abandonada, de la juventud en dificultad, de los ancianos necesitados o solos, de los migrantes de diversos países «que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias» (*Spes non confundit,* 13); dedicando una adecuada parte del propio tiempo libre a actividades de voluntariado, que sean de interés para la comunidad u otras formas similares de compromiso personal.

Todos los obispos diocesanos o eparquiales y aquellos que en el derecho son equiparables a ellos, en el día más oportuno de este tiempo jubilar, en ocasión de la principal celebración en la catedral y en cada una de las iglesias jubilares, podrán impartir la *bendición papal* con anexa indulgencia plenaria, con-

seguible por todos los fieles que reciban tal *bendición* con las habituales condiciones.

Para que sea pastoralmente facilitado el acceso al sacramento de la penitencia y conseguir el perdón divino a través del poder de las llaves, los ordinarios locales están invitados a conceder a los canónigos y a los sacerdotes, que en las catedrales y en las iglesias designadas para el año santo puedan escuchar las confesiones de los fieles, las facultades limitadamente al foro interno, de las cuales, para los fieles de las Iglesias orientales, en el can. 728, § 2 del CCEO, y en el caso de una eventual reserva, aquellas para el can. 727, excluyendo, como es evidente, los casos considerados en el can. 728, § 1; mientras que, para los fieles de la Iglesia latina, las facultades referidas en el can. 508, § 1 del CIC.

En este sentido, esta Penitenciaría exhorta a todos los sacerdotes a ofrecer con generosa disponibilidad y dedicación de sí la más amplia posibilidad a los fieles de aprovechar los medios de la salvación, asumiendo y publicando horarios para las confesiones, en acuerdo con los párrocos o rectores de las iglesias vecinas, encontrándose en el confesionario, programando celebraciones penitenciales con fechas fijas y frecuentes, ofreciendo también la más amplia disponibilidad de sacerdotes que, por alcanzar el límite de edad, no tienen encargos pastorales definidos. Además, según las posibilidades se recuerde, en conformidad con el *motu proprio Misericordia Dei*, la oportunidad pastoral de escuchar las confesiones también durante la celebración de la santa misa.

Para agilizar la tarea de los confesores, la Penitenciaría Apostólica, por mandato del santo padre, dispone que los sacerdotes que acompañen o se unan a peregrinaciones jubilares fuera de la propia diócesis puedan valerse de las mismas

facultades de las cuales fueron provistos en la propia diócesis por la legítima autoridad. Especiales facultades serán después conferidas por esta Penitenciaría Apostólica a los penitenciarios de las basílicas papales romanas, a los canónigos penitenciarios o a los penitenciarios diocesanos instituidos en cada circunscripción eclesiástica.

Los confesores, después de haber instruido a los fieles sobre la gravedad de los pecados a los cuales viene anexa una reserva o una censura, determinarán, con caridad pastoral, apropiadas penitencias sacramentales, tales que los conduzcan lo más posible a un arrepentimiento estable y, según la naturaleza de los casos, invitarán a la reparación de eventuales escándalos y daños.

Finalmente, la Penitenciaría invita vivamente a los obispos, como detentores del triple *munus* de enseñar, de guiar y de santificar, a cuidar la exposición clara de las disposiciones y principios aquí propuestos para la santificación de los fieles, teniendo en cuenta de modo especial las circunstancias del lugar, de la cultura y de las tradiciones. Una catequesis adecuada a las características socioculturales de cada pueblo podrá proponer de manera eficaz el Evangelio y la totalidad del mensaje cristiano, radicando más profundamente en los corazones el deseo de este don único, obtenido en virtud de la mediación de la Iglesia.

El presente Decreto tiene validez durante todo el jubileo ordinario del 2025, independientemente de cualquier disposición en contrario.

Dado en Roma, en la sede de la Penitenciaría Apostólica, el 13 de mayo de 2024, memoria de la beata Virgen María de Fátima.

Examen de conciencia

Cuando se hace el examen de conciencia para preparar la celebración del sacramento de la penitencia, conviene que cada uno, ante todo, medite sobre su intención a la hora de celebrar el sacramento. Pregúntate lo que sigue:

1. ¿Voy al sacramento de la penitencia con sincero deseo de purificación, conversión, renovación de vida y amistad más profunda con Dios, o, por el contrario, lo considero como una carga que se ha de recibir las menos veces posibles?

2. ¿Me olvidé o callé voluntariamente algún pecado grave en las confesiones anteriores?

3. ¿Cumplí la penitencia que me fue impuesta? ¿Reparé las injusticias que acaso cometí? ¿Me esforcé en llevar a la práctica los propósitos de enmendar la vida según el Evangelio?

Es necesario un buen examen de conciencia. No se trata de ir «tachando», como si una lista se tratase, las preguntas que se proponen a continuación, sino realmente de escrutar el propio corazón y la propia vida a la luz de la misericordia de Dios, ayudados por su Palabra, con la esperanza cierta de que el corazón arrepentido encuentra la gracia del perdón por medio de la gracia del sacramento.

Cuando hagas el examen de conciencia, entra en tu interior. Ora. Pide luz. Repasa tu vida. Si te ayudan estas preguntas, estupendo. Si no, no pasa nada. Ten en cuenta que los pecados se cometen en relación con Dios, con los demás y con uno mismo. El pecado daña la relación con Dios —filiación—, daña la relación con los demás —fraternidad— y daña la relación con uno mismo —nos roba la verdadera libertad, que es vivir según la voluntad de Dios—.

En el padrenuestro, Jesús nos enseña a pedir: «No nos dejes caer en la tentación». El pecado comienza siendo una idea, una sugerencia del Maligno para obrar o dejar de obrar en contra de Dios, de los demás y de uno mismo. Es muy importante el combate de la fe que nos lleva a rechazar la tentación. Pero recuerda que, si la tentación es rechazada, no es pecado. Acogiendo la tentación, podemos pecar con nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestras obras o la omisión del bien que podríamos haber hecho. Ahí es donde necesitamos la gracia del perdón.

Aquí tienes algunos textos de la Palabra de Dios para ayudarte en el examen de conciencia. Puedes leer y meditar algunos de ellos, para que te orienten:

2 Crónicas 7,14.
2 Crónicas 30,29b.
Isaías 55,7.
Jeremías 3,12b.
Joel 2,13.
Proverbios 17,9.
Proverbios 28,13.
Salmo 32,5.
Salmo 86,5.
Mateo 6,14.
Mateo 18,21-22.
Marcos 11,25.
Lucas 6,37.
Hechos 2,38.
Hechos 3,19.
Hechos 13,38-39.
2 Cor 5,17-21
Colosenses 3,13.
Efesios 1,7.
Efesios 4,32.
1 Juan 2,2.

Si te ayudan, aquí tienes unas preguntas que pueden orientarte en las tres dimensiones del pecado que hemos descrito más arriba. Hazlas concretas en tu vida y no tengas prisa.

1. El pecado que daña nuestra relación filial con Dios

> «Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6,5).

1. Mi corazón ha de estar orientado a Dios. ¿Puedo decir que lo amo verdaderamente sobre todas las cosas y con amor de hijo, en fiel observancia de sus mandamientos? ¿Estoy demasiado absorto en las cosas temporales? ¿Mi intención al actuar es siempre correcta?

2. ¿Está firme mi fe en Dios, que nos ha hablado su palabra en su Hijo? ¿He dado mi total adhesión a la doctrina de la Iglesia? ¿Me tomo en serio mi formación permanente en la fe? ¿Conozco, leo y medito la Palabra de Dios? ¿He profesado siempre mi fe en Dios y en la Iglesia con valentía y sin miedo? ¿Me he esforzado por demostrar que soy cristiano en mi vida pública y privada?

3. ¿He rezado a Dios asiduamente o acudo a él solamente en momentos puntuales de dificultad? ¿Es mi oración una verdadera conversación de corazón a corazón con Dios, o es simplemente una práctica externa vacía, una rutina? ¿He podido ofrecer mis ocupaciones, mis alegrías y mis dolores a Dios? ¿Me acerco a él con confianza?

4. ¿Tengo reverencia y amor hacia el nombre de Dios o lo ofendo con blasfemia, falsos juramentos o usando su nombre en vano? ¿He sido irrespetuoso con la Virgen y los santos?

5. ¿Guardo los domingos y días de fiesta de la Iglesia participando activa, atenta y piadosamente en la celebración litúrgica, y especialmente en la misa? ¿He cumplido el precepto

anual de la confesión y de la comunión pascual? ¿He evitado realizar trabajos innecesarios en días festivos?

6. ¿Tengo, quizá, otros «dioses» o «ídolos», es decir, cosas por las que me preocupo y en las que confío más que en Dios, como son las riquezas, las supersticiones, el espiritismo o cualquier forma de inútil magia, que pueden llegar a ocupar en mi vida el lugar que solo a él le corresponde?

2. El pecado que daña nuestra relación fraternal con los demás

> «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros» (Jn 13,34).

1. ¿Tengo auténtico amor a mi prójimo o abuso de mis hermanos utilizándolos para mis fines o comportándome con ellos como no quisiera que se comportasen conmigo? ¿Los he escandalizado gravemente con palabras o con acciones?

2. ¿En mi familia, he contribuido con paciencia y amor verdadero al bien y la serenidad de los demás?

— Para los hijos. ¿He sido obediente a mis padres, los he respetado y honrado? ¿Les he ayudado con sus necesidades espirituales y materiales? ¿Estoy comprometido con la escuela? ¿He respetado a las autoridades legítimas (religiosas y familiares)? ¿Di un buen ejemplo en cada situación?

— Para los padres. ¿Me he preocupado por la educación cristiana de mis hijos? ¿Les di un buen ejemplo? ¿Los he apoyado y dirigido con mi autoridad?

— Para los cónyuges. ¿He sido siempre fiel en los afectos y en las acciones? ¿Tuve comprensión en momentos de ansiedad?

3. ¿Sé dar de lo que tengo, sin mezquinos egoísmos, a quienes son más pobres que yo? En la medida en que depende de mí, ¿defiendo a los oprimidos y ayudo a los necesitados? ¿Trato las personas cercanas a mí con desdén o dureza, especialmente a los pobres, los débiles, los ancianos, los marginados, los inmigrantes?

4. ¿Me doy cuenta de la misión que me ha sido encomendada? ¿He participado en el apostolado y obras caritativas de la Iglesia, en las iniciativas y vida de la parroquia? ¿He compartido mis bienes con la comunidad cristiana para colaborar en las necesidades de la Iglesia? Cuando la Iglesia me lo pidió, ¿recé y ofrecí mi contribución para las necesidades de la Iglesia y del mundo, por ejemplo, por la unidad de la Iglesia, por el seminario, por la evangelización de los pueblos, por el establecimiento de la justicia y la paz?

5. ¿Me preocupo por el bien y la prosperidad de la comunidad humana en la que vivo o solo me preocupo por mis intereses personales? ¿Participo, en la medida de mis posibilidades, en iniciativas que promuevan la justicia, la moral pública, la armonía y las obras de caridad? ¿He cumplido con mis deberes civiles? ¿He pagado mis impuestos y cumplido las leyes en lo que se refiere a los bienes materiales, sin caer en ningún tipo de fraude?

6. ¿Soy justo, comprometido, honesto en mi trabajo, dispuesto a brindar mi servicio para el bien común? ¿Les di a los trabajadores y a todos los subordinados los salarios adecuados? ¿He seguido los contratos y cumplido mis promesas?

7. ¿He dado a las autoridades legítimas la obediencia y el respeto debidos? Si tengo algún rol o desempeño tareas directivas, ¿solo busco mi propio beneficio o me comprometo con el bien de los demás, con espíritu de servicio?

8. ¿Defiendo en lo que puedo a los oprimidos, ayudo a los que viven en la miseria, estoy junto a los débiles o, por el contrario, he despreciado a mis prójimos, sobre todo a los pobres, débiles, ancianos, extranjeros y hombres de otras razas?

9. Si tengo algún rol o desempeño tareas de responsabilidad o de autoridad, ¿solo busco mi propio beneficio o me comprometo con el bien de los demás, con espíritu de servicio?

10. ¿He practicado la verdad y la fidelidad, o he causado daño a otros con mentiras, calumnias, deducciones, juicios imprudentes, violación de secretos? ¿He difamado o calumniado a otros?

11. ¿He atentado contra la vida y la integridad física de otras personas, he ofendido su honor, he dañado sus bienes? ¿Procuré o recomendé un aborto? ¿He permanecido en silencio en situaciones en las que podía haber fomentado la bondad? En la vida matrimonial, ¿soy respetuoso de la enseñanza de la Iglesia sobre la apertura a la vida y el respeto por ella? ¿He actuado contra mi integridad física (por ejemplo, esterilización)? ¿He sido siempre fiel incluso con mi mente? ¿He conservado en mi corazón el odio hacia otras personas? ¿He sido pendenciero? ¿He pronunciado insultos y palabras ofensivas, fomentando desacuerdos y resentimientos? ¿He dejado de testificar de forma culpable y egoísta sobre la inocencia de los demás? Al conducir un coche o utilizar otro medio de transporte, ¿he puesto en riesgo mi vida o la de otras personas?

12. ¿He robado? ¿He deseado injustamente las cosas de otras personas? ¿He dañado las posesiones de mi vecino? ¿He devuelto lo que robé y he reparado el daño causado?

13. Si he sido agraviado, ¿me he mostrado abierto a la reconciliación y al perdón por amor de Cristo, o conservo en mi corazón odio y deseo de venganza?

3. El pecado que daña nuestra libertad de hijos de Dios

> «Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48).

1. ¿Cuál es la orientación fundamental de mi vida? ¿Me animo con la esperanza de la vida eterna? ¿He tratado de revivir mi vida espiritual con la oración, la lectura y la meditación de la Palabra de Dios, la participación en los sacramentos? ¿He intentado erradicar los vicios, someter las pasiones y las inclinaciones perversas? ¿Reaccioné ante los motivos de la envidia, dominé la glotonería? Yo era presuntuoso y orgulloso, ¿he buscado afirmar tanto mi «yo» que he despreciado a los demás y me preferí a ellos? ¿He impuesto mi voluntad a los demás, pisoteando su libertad y descuidando sus derechos?

2. ¿Qué uso he hecho del tiempo, de las fuerzas, de los dones recibidos de Dios como los «talentos del Evangelio»? ¿Utilizo todos estos medios para crecer cada día más en la perfección de la vida espiritual y en el servicio a los demás? ¿He estado inerte y perezoso? ¿Cómo uso Internet y otros medios de comunicación social?

3. ¿He soportado los dolores y las pruebas de la vida con paciencia y espíritu de fe? ¿He practicado el ayuno, la limosna y la oración como ayudas para mi propia conversión?

4. ¿Vivo la castidad propia de mi estado de vida, pensando que mi cuerpo es templo del Espíritu Santo, destinado a resurrección y gloria? ¿He guardado mis sentidos y he evitado ensuciarme en espíritu y cuerpo con malos pensamientos y deseos, con palabras y acciones indignas? ¿Me he permitido lecturas, discursos, espectáculos, entretenimientos en contraste con la honestidad humana y cristiana? ¿He escandalizado a otros con mi comportamiento?

5. ¿He actuado en contra de mi conciencia por miedo o hipocresía?

6. ¿He tratado de comportarme en todo y siempre con la verdadera libertad de los hijos de Dios y según la ley del Espíritu, o me he dejado esclavizar por mis pasiones?

7. ¿He omitido algo que me era posible lograr?

Celebración penitencial

Antes de emprender la peregrinación a Roma para el año jubilar puede ser interesante hacer una celebración penitencial comunitaria, es decir, cuando se reconcilian varios penitentes con confesión y absolución individual. Puede servir el siguiente esquema, adaptado del *Ritual de la penitencia.*

1. Después de un canto apropiado y del saludo, el ministro que preside la celebración expone a los presentes el motivo que suscita la celebración, y los invita a orar; después de un breve espacio de silencio concluye la oración:

℣. Abre, Señor, nuestro corazón para escuchar hoy tu Palabra de tal modo, que, al recibir el Evangelio de tu Hijo, por su muerte y resurrección nos decidamos a caminar con una vida renovada.

Por Jesucristo nuestro Señor.

℟. Amén.

Lecturas

2. Primera lectura — Rom 5,1-10

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos.

Hermanos:

Así pues, habiendo sido justificados en virtud de la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo,

por el cual hemos obtenido además por la fe el acceso a esta gracia, en la cual nos encontramos; y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Más aún, nos gloriamos incluso en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia, virtud probada, la virtud probada, esperanza, y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. En efecto, cuando nosotros estábamos aún sin fuerza, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; ciertamente, apenas habrá quien muera por un justo; por una persona buena tal vez se atrevería alguien a morir; pues bien: Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros. ¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvados del castigo! Si, cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvados por su vida!

Palabra del Señor.

3. Salmo responsorial Sal 23,1b-2.3-4ab.5-6 (R.: cf. 6)

℟. Esta es la generación que busca tu rostro, Señor.

℣. Del Señor es la tierra y cuanto la llena,
el orbe y todos sus habitantes:
él la fundó sobre los mares,
él la afianzó sobre los ríos. ℟.

℣. ¿Quién puede subir al monte del Señor?
¿Quién puede estar en el recinto sacro?
El hombre de manos inocentes y puro corazón,
que no confía en los ídolos. ℟.

℣. Ese recibirá la bendición del Señor,
le hará justicia el Dios de salvación.
Esta es la generación que busca al Señor,
que busca tu rostro, Dios de Jacob. ℟.

4. Evangelio Mt 5,1-12a

Lectura del santo evangelio según san Mateo.

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo:

«Bienaventurados los pobres en el espíritu,
porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos,
porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que lloran,
porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia,
porque ellos quedarán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos,
porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón,
porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz,
porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia,
porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo».

Palabra del Señor.

5. Homilía

Examen de conciencia

6. Después de la homilía se tiene el examen de conciencia, por ejemplo, según el texto que se encuentra en este mismo *Libro del peregrino.* Es conveniente guardar un espacio de silencio prolongado, para que cada uno pueda hacer el examen de conciencia del modo más personal.

Acto penitencial

7. Después del examen de conciencia, el ministro que preside invita a la oración diciendo estas o semejantes palabras:

Hermanos:

Jesucristo nos ha dado ejemplo para que sigamos sus huellas. Dirijámosle nuestra oración con humildad y confianza para que purifique nuestros corazones y nos conceda vivir según su Evangelio.

Las invocaciones pueden ser hechas por un diácono o, en su defecto, por un lector.

℣. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»; pero nosotros vivimos demasiado pendientes de las riquezas e incluso las buscamos injustamente. Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo.

℟. **Ten misericordia de nosotros.**

℣. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra»; pero nosotros vivimos en mutua violencia y nuestro mundo está lleno de discordia y de guerras. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

℟. **Ten misericordia de nosotros.**

℣. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados»; pero nosotros soportamos impacientemente nuestras penas y nos preocupamos muy poco de nuestros hermanos afligidos. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

℟. **Ten misericordia de nosotros.**

℣. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados»; pero nosotros tenemos poca sed de ti, fuente de toda santidad, y nos desinteresamos de la justicia privada y pública. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

℟. **Ten misericordia de nosotros.**

℣. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»; pero nosotros no queremos perdonar a los hermanos y juzgamos con severidad

a nuestros prójimos. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

℟. **Ten misericordia de nosotros.**

℣. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios»; pero nosotros servimos a nuestras concupiscencias y a los deseos de los sentidos, y no nos atrevemos a levantar hacia ti nuestros ojos. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

℟. **Ten misericordia de nosotros.**

℣. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán "los hijos de Dios"», pero nosotros no construimos la paz en nuestras familias, en la sociedad, en la vida de los pueblos. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

℟. **Ten misericordia de nosotros.**

℣. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos»; pero nosotros preferimos caer en la injusticia en vez de sufrir gustosos por causa de la justicia, y así discriminamos, oprimimos y perseguimos a nuestros hermanos. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

℟. **Ten misericordia de nosotros.**

El presidente:

℣. Invoquemos ahora al Señor nuestro Padre, para que nos libre de todo mal y nos haga dignos de su reino:

℟. **Padre nuestro…**

El presidente:

℣. Señor Jesucristo, suave y humilde de corazón misericordioso y pacífico, pobre e inmolado para nuestra justicia, que por medio de la cruz llegaste a la gloria para mostrarnos el camino de la salvación, concédenos recibir con gozo tu Evangelio, y vivir según tu ejemplo, para ser coherederos y copartícipes de tu reino por los siglos de los siglos.

℟. **Amén.**

Confesión y absolución individual

7. A continuación, los fieles se acercan a los sacerdotes que se hallan en lugares adecuados y confiesan sus pecados, de los que son absueltos cada penitente individualmente, una vez impuesta y aceptada la correspondiente satisfacción.

Acción de gracias por la misericordia de Dios

8. Acabadas las confesiones, se puede tener un canto de acción de gracias, como por ejemplo el *Magníficat.*

Bendición de los peregrinos

9. Si se juzga oportuno, antes de dar la bendición y despedir a la asamblea, sobre todo si la peregrinación comienza inminentemente, se puede hacer la oración de bendición de los peregrinos al inicio de la peregrinación:

℣. Dios todopoderoso, que otorgas tu misericordia a los que te aman y en ningún lugar estás lejos de los que te buscan, asiste a tus servidores que emprenden esta piadosa peregrinación y dirige su camino según tu voluntad; de los peregrinos que de día los cubra tu sombra protectora y de noche los alumbre la luz de tu gracia, para que, acompañados por ti, puedan llegar felizmente al lugar de su destino. Por Jesucristo nuestro Señor.

℟. **Amén.**

10. Si se hace la bendición de los peregrinos, en vez de dar la bendición final de la forma acostumbrada se hace como sigue:

℣. El Señor dirija nuestro camino y lo haga próspero y saludable.

℟. **Amén.**

℣. El Señor nos asista y se digne ser nuestro acompañante.

℟. **Amén.**

℣. Que el camino que ahora confiadamente emprendemos lo terminemos felizmente con la ayuda de Dios.

℟. **Amén.**

℣. Y la bendición de Dios todopoderoso, ✠ Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

℟. **Amén.**

℣. Podéis ir en paz.

℟. **Demos gracias a Dios.**

Proyecto social para el Jubileo 2025. Víctimas de trata de personas y explotación sexual y laboral

María Francisca Sánchez Vara
Secretaria técnica de la Subcomisión Episcopal para las Migraciones y Movilidad Humana

«Declararéis santo el año cincuenta y promulgaréis por el país liberación para todos sus habitantes» y «Si un hermano tuyo se empobrece y no se puede mantener, lo sustentarás como al emigrante o al huésped, para que pueda vivir contigo». En el capítulo 25 del libro del Levítico, encontramos el sentido del compromiso para este jubileo en la concreción del proyecto social: promulgar la liberación, acoger y sustentar a quien se empobrece, por la razón que sea, haciendo referencia explícita al emigrante, a quien viene a nosotros desde otros países.

El jubileo nos ofrece la oportunidad de realizar un camino de transformación del corazón, que se manifieste en compromisos y acciones concretas que contribuyan a hacer

posible la acogida, la sanación y la liberación de quienes la necesitan y, entre todos, contribuir a la transformación y construcción del reino, un mundo habitable desde el Evangelio de Jesucristo. El Secretariado para el Jubileo nos propone un proyecto social, que nos permitirá, a quienes peregrinemos y a todo el pueblo santo de Dios, conocer el sufrimiento que padecen las víctimas de la trata de personas y de la explotación sexual y laboral, y conocer el trabajo de las entidades y proyectos que en la Iglesia acompañan y dan respuesta a las distintas necesidades. El jubileo es una invitación a reflexionar y orar por nuestras hermanas y hermanos que sufren este delito, y se nos ofrecerá la posibilidad de realizar una aportación económica que irá destinada a los proyectos de estas entidades. También nos suscitará el compromiso personal y comunitario.

En el discurso a los participantes en la Conferencia Internacional sobre Trata de Personas el 10 de abril de 2014, el papa Francisco formuló esta frase que se ha hecho célebre y que condensa el alcance de esta problemática y sus consecuencias: «La trata de seres humanos es una llaga en el cuerpo de la humanidad contemporánea, una llaga en la carne de Cristo». Una llaga que precisa de purificación para poder sanar desde el fondo, desde lo más profundo del corazón. Una llaga que tenemos que conocer y reconocer, que hunde sus raíces en el agravio a la dignidad de la persona, en la violación de sus derechos fundamentales, en la explotación de seres humanos.

Son numerosísimas las manifestaciones del papa Francisco sobre la trata de personas, antes incluso de su pontificado. En su exhortación apostólica *Evangelii gaudium,* en el 211 del apartado dedicado al cuidado de la fragilidad, dice así:

> Siempre me angustió la situación de los que son objeto de las diversas formas de trata de personas. Quisiera que se escuchara el grito de Dios preguntándonos a todos: «¿Dónde está tu hermano?» (Gen 4,9). ¿Dónde está tu hermano esclavo? ¿Dónde está ese que estás matando cada día en el taller clandestino, en la red de prostitución, en los niños que utilizas para mendicidad, en aquel que tiene que trabajar a escondidas porque no ha sido formalizado? No nos hagamos los distraídos. Hay mucho de complicidad. ¡La pregunta es para todos! En nuestras ciudades está instalado este crimen mafioso y aberrante, y muchos tienen las manos preñadas de sangre debido a la complicidad cómoda y muda.

La pregunta es clara, directa y personal: ¿dónde está tu hermano, tu hermana? Como miembros de la Iglesia, se nos llama a defender siempre la dignidad de toda persona allí donde no es valorada ni respetada, y ser signos de vida para quienes han perdido la esperanza.

Signos de esperanza. «Peregrinos de Esperanza». Jubileo 2025

Ante el sufrimiento que genera la trata y la explotación, el jubileo nos invita a ser signos de esperanza. «En medio de la oscuridad se percibe una luz». La Iglesia se hace presente, a través de congregaciones religiosas, proyectos de Cáritas y comunidades cristianas, dando respuesta al grito de auxilio de quienes sufren con la confianza que Dios siempre escucha. A través de testimonios personales conoceremos caminos de transformación y sanación, tanto de quienes acompañan como de quienes son acompañados.

«Llamados a alcanzar la esperanza que nos da la gracia de Dios, también estamos llamados a redescubrirla en los signos de los tiempos». La trata de personas y la explotación que hoy día siguen sufriendo muchas hermanas y hermanos es una lacra, una forma de violencia presente en nuestras sociedades, presente en muchos países y que genera cada año millones de víctimas en todo el mundo. A lo largo del año jubilar, poniéndonos en marcha, con la mirada en la meta, descubriremos la acción de Dios, a través de testimonios de quienes fueron víctimas, sanaron y pudieron levantarse para seguir con sus vidas, son también para nosotros signos de esperanza, de vida, de resurrección.

En el mensaje del papa Francisco a monseñor Fisichella, presenta el jubileo como una oportunidad para «restablecer un clima de esperanza y confianza». También se nos ofrece una llamada concreta; que será posible «si no cerramos los ojos» ante las diversas realidades de pobreza. Para poder ver, es importante visibilizar estas situaciones, generalmente desconocidas o poco conocidas. Demos el paso en el camino del peregrino jubilar, que nos lleve a conocer y aprender a reconocer, prestar atención, reflexionar en profundidad sobre este problema y el impacto demoledor que tiene en las personas que la sufren, sobre la sociedad general e incluso en quienes generan el dolor, y llevarlo a nuestra oración para que dé sus frutos.

En el año 2015, el papa Francisco propuso por primera vez la celebración de la Jornada Mundial de Oración y Reflexión contra la Trata, el 8 de febrero, día en el que la Iglesia celebra la memoria litúrgica de santa Josefina Bakhita, una mujer sudanesa que sufrió la esclavitud. La preparación de esta Jornada está promovida por la Unión Internacional de

Superiores Generales y coordinada por la Red Talitha Kum, creada por la UISG. Cada año más personas y entidades en todo el mundo se suman a esta iniciativa, manifestando así la universalidad de la Iglesia unida por esta causa en cada rincón del planeta.

En clave de un jubileo que nos invita a la esperanza, las mujeres en situación de vulnerabilidad susceptibles de acabar siendo víctimas, las víctimas de la trata de personas y de la explotación, reclaman nuestra mirada y atención para acompañar este peregrinaje. Un camino desde el sufrimiento a la esperanza. Las líneas de actuación de este proyecto serán dar a conocer, reflexionar y orar, el compromiso y la posibilidad de realizar una aportación económica.

Visibilizar la realidad de la trata de personas en todas sus vertientes, la explotación sexual y laboral que sufren muchas mujeres y hombres, y que tiene como víctimas colaterales también a sus hijos.

Un signo de los tiempos, un fenómeno creciente que somete a millones de personas en todo el mundo, personas que tienen en común el estar viviendo situaciones de vulnerabilidad o vivir en contextos difíciles, haciendo más fácil que puedan ser captadas de diversos modos en su lugar de origen y trasladadas al país de destino, donde su futuro acaba siendo una vida de explotación y sometimiento, una nueva forma de esclavitud.

La labor de la Iglesia consiste en dar a conocer esta realidad, contribuir a la prevención, acoger a las personas que llegan a los proyectos rotas y heridas por el drama que han vivido, acompañar sus procesos y restaurar su dignidad herida y agraviada. Procesos en clave de resurrección y de vida, que

nos recuerdan que nuestro maestro es Jesús, que es quien da vida y levanta a quien parece o se siente muerto, pero está dormido:

> Llegan a casa del jefe de la sinagoga y encuentra el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos y después de entrar les dijo: «¿Qué estrépito y qué lloros son estos? La niña no está muerta; está dormida». Se reían de él. Pero él los echó fuera a todos y, con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes, entró donde estaba la niña, la cogió de la mano y le dijo: *Talitha qumi* (que significa: «Contigo hablo, niña, levántate»). La niña se levantó inmediatamente y echó a andar; tenía doce años. Y quedaron fuera de sí llenos de estupor (Mc 5,41).

A través de este proyecto social daremos a conocer el trabajo que la Iglesia viene realizando desde hace muchos años en España por parte de las diversas congregaciones religiosas y proyectos de Cáritas. Conoceremos también los desafíos y retos que se nos presentan para, entre todos, caminar dispuestos y unidos en la lucha contra la trata y la explotación.

Reflexionar y orar. Se ofrecerán espacios y recursos para motivar la reflexión y la oración sobre estas realidades de sufrimientos que necesitan y reclaman de nosotros, como Iglesia, ese «clima de esperanza y confianza, como signo de un nuevo renacimiento», para ir moldeando también nuestra mirada y tomar conciencia.

Compromiso. Para quienes deseen adquirir un compromiso o implicarse de alguna manera, se facilitarán posibilidades y opciones.

Aportación económica. Se ofrecerá la posibilidad de realizar alguna aportación económica que revertirá en los diversos proyectos, que siempre necesitan recursos para seguir dando respuesta.

La aportación se pondrá a través del portal www.donoamiiglesia.es. A través de este código QR y dirección URL se puede acceder de forma directa:

https://www.donoamiiglesia.es/san/Home#!/donar/789206e1-0c71-ef11-8243-005056a91f2d

El jubileo lleva implícita una transformación del corazón y contribución a la transformación social para ser signos de esperanza ante el sufrimiento de muchas personas. Este proyecto supone por ello una invitación a conocer nuestra realidad más próxima y el trabajo que estas entidades realizan, cómo lo realizan y desde dónde. Con estas claves y orientaciones podremos, como pueblo de Dios que camina atento a las periferias, colaborar y comprometernos para seguir dando respuesta a los desafíos y dificultades que se van presentando.

Materiales

— Vídeos para presentar el proyecto.

— Junto a los vídeos facilitaremos un primer dosier con materiales que nos sitúen en la realidad de la trata, para facilitar la reflexión y motivar la oración personal y comunitaria.

— Con motivo de la Jornada Mundial de Oración y Reflexión contra la Trata, 8 de febrero, día de santa Josefina Bakhita, pondremos a disposición los materiales propios de la Campaña.

— A lo largo del año 2025, concretamente en mayo, septiembre y diciembre, se facilitarán el resto de los materiales.

Todos estos materiales estarán disponibles en la web para el Jubileo 2025 de la Conferencia Episcopal Española: www.conferenciaepiscopal.es

Para más información, conviene ponerse en contacto con los delegados diocesanos para el jubileo en cada diócesis.

Lectio divina del encuentro de Jesús con Zaqueo

1. *Lectio*

a) Introducción

En el contexto del Jubileo de la Esperanza con motivo de los 2025 años del nacimiento del Hijo de Dios ofrecemos esta *lectio divina,* un momento orante iluminado por la Palabra encarnada que habla, que obra y que hoy quiere salir a tu encuentro y hablarte al corazón.

Pide al Espíritu Santo que descienda sobre ti, que te disponga para escuchar esta palabra y que no se te quede indiferente el corazón, como no se quedó indiferente Zaqueo ante la presencia y las palabras de Jesús.

b) Lectura del Evangelio

[1]Entró en Jericó e iba atravesando la ciudad. [2]En esto, un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, [3]trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. [4]Corriendo más adelante, se subió a

un sicomoro para verlo, porque tenía que pasar por allí. 5Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa». 6Él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento. 7Al ver esto, todos murmuraban diciendo: «Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador». 8Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más». 9Jesús le dijo: «Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. 10Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

c) Momentos de silencio

Para que la Palabra de Dios pueda entrar en nosotros e iluminar nuestra vida.

2. *Meditatio*

(Tomado este apartado de https://www.portalcarmelitano.org/)

a) Clave de lectura

En el relato del evangelio a Lucas le gusta mostrar la misericordia del Maestro hacia los pecadores y un ejemplo de ello es Lc 19,1-10.

La narración de la conversión de Zaqueo nos demuestra que ninguna condición humana es incompatible con la salva-

ción: Hoy la salvación ha entrado en esta casa, porque también este es hijo de Abrahán (Lc 19,9), declara Jesús.

El texto que abre el capítulo 19 viene después de las enseñanzas y comportamientos de Jesús, que nos ha presentado en el capítulo 18. En este capítulo encontramos la parábola del fariseo que juzga y el publicano que se humilla delante de Dios y pide perdón (Lc 18,9-14). En seguida tenemos la escena de Jesús que acoge a los niños, advirtiendo a los discípulos que a quien es pequeño como ellos le pertenece el reino de Dios…; el que no acoge el reino de Dios como un niño no entrará en él (Lc 18,16-17). A renglón seguido Jesús demuestra al rico notable que quiere alcanzar la vida eterna (Lc 18,18), la necesidad de vender todo y distribuir los bienes a los pobres para poder seguir a Jesús y obtener un tesoro en los cielos (Lc 18,22). Sigue después la enseñanza de Jesús sobre las riquezas que obstaculizan la salvación y la promesa de ser recompensados a aquellos que renuncian a todo por causa del reino de Dios (Lc 18,24-30). Estas partes del capítulo 18 parecen conducirnos al relato de la conversión de Zaqueo.

Antes de este relato siguen otros dos textos con detalles importantes:

1. El tercer anuncio de la pasión donde una vez más Jesús nos recuerda que andamos a Jerusalén (Lc 18,31). Parece que Lucas quisiera meter todo en el contexto del *sequela Christi* (seguimiento de Cristo); y
2. La curación del ciego de Jericó, que llamaba a Jesús, aunque la gente le impedía acercarse al Maestro (Lc 18,35-39). Jesús, dando de nuevo la luz a los ojos entenebrecidos, declara que la fe ha salvado a este ciego (Lc 18,42). Recobrada la vista, el ciego podía seguir glorificando a Dios (Lc 18,43).

Estos dos textos, junto a los precedentes, iluminan la narración de la conversión de Zaqueo. En el relato encontramos detalles sorprendentes que están ya presentes en los textos citados:

1. Zaqueo, un hombre rico, jefe de publicanos – Lc 19,2.
2. Trataba de ver a Jesús, pero a causa de la muchedumbre no lo conseguía – Lc 19,3.
3. Era pequeño de estatura – Lc 19,3.
4. El juicio de la muchedumbre que señala a Zaqueo como pecador – Lc 19,7.
5. La distribución de los bienes a los pobres – Lc 19,8.
6. La declaración de Jesús diciendo que la salvación ha entrado en casa de Zaqueo – Lc 19,9.

Zaqueo, pequeño de estatura, hombre rico, jefe de publicanos, acoge el reino de Dios como un niño. Humillándose y arrepintiéndose de su pasado encuentra la salvación que viene de Dios en Jesús Cristo Buen Samaritano (Lc 10,29-37) que viene a nuestro encuentro, para buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc 19,10).

b) Tema para la reflexión personal

Colócate en silencio delante de la Palabra de Dios, reflexiona sobre los textos presentados en esta clave de lectura. Pregúntate:

1. ¿Qué conexión existe entre estos textos?
2. ¿Qué significa la salvación para ti?

3. Zaqueo, pequeño de estatura, nos muestra su disponibilidad para acoger a Jesús. ¿Qué haces tú para demostrar tu disponibilidad para recibir la salvación de Dios?

4. El gesto de Zaqueo nos recuerda la curiosidad de Moisés que lo empuja hacia la zarza ardiente. También Moisés encontró la salvación. ¿Te acercas tú al Señor? ¿Te sientes atraído por él?

5. Jesús va al encuentro de Zaqueo en su pecado y en su casa le dona la salvación. ¿Cuál es tu atadura al pecado? ¿Dejas que el Maestro entre en «tu casa» y se encuentre allí contigo?

3. *Oratio*

Después de hacer un rato de silencio, dialoga con Jesús lo que este texto y la meditación ha suscitado en tu interior. Exprésala como tú, al igual que Zaqueo, deseas encontrarte con él, pero que también tienes dificultades. Pídele que avive tu deseo de encontrarte con él o a él contigo, para vencerlas.

El conocía bien a Zaqueo, lo llamó por su nombre. También te conoce a ti, te llama por tu nombre. Conoce tu historia, tus «deudas», quizá mejor que tú. Pídele que te dé luz sobre ellas. Mira tu vida con él, descubre qué tienes que compartir con los pobres, quizá no sea dinero, pero sí tiempo, cualidades, esperanzas…

Deja que Jesús entre en tu casa y habla con él como un amigo con otro amigo.

4. *Contemplatio*

Después de guardar un rato de silencio repite varias veces en tu interior: «El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

Experimenta la certeza de que Jesús ha venido a buscarte, ha venido a salvarte.

Apéndice oracional

1. Oraciones del cristiano

Señal de la cruz

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.
Amén.

Padrenuestro

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación
y líbranos del mal. Amén.

Avemaría

Dios te salve, María, llena eres de gracia; el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Gloria al Padre

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Ven, Espíritu Santo

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén.

Madre del Redentor

Madre del Redentor, virgen fecunda,
puerta del cielo siempre abierta,
estrella del mar,
ven a librar al pueblo que tropieza
y quiere levantarse.
Ante la admiración de cielo y tierra,
engendraste a tu santo creador,
y permaneces siempre virgen.
Recibe el saludo del ángel Gabriel,
y ten piedad de nosotros, pecadores.

Salve, estrella del mar

Salve, estrella del mar,
santa madre de Dios
y siempre Virgen,
feliz puerta del cielo.

Tú que has recibido
el saludo de Gabriel,
y has cambiado el nombre de Eva,
establécenos en la paz.

Rompe las ataduras de los pecadores,
da luz a los ciegos,
aleja de nosotros los males
y alcánzanos todos los bienes.

Muestra que eres madre:
reciba nuestras súplicas
por medio de ti, aquel que, naciendo por nosotros,
aceptó ser Hijo tuyo.

¡Oh, Virgen incomparable!
¡Amable como ninguna!
Haz que, libres de nuestras culpas,
permanezcamos humildes y castos.

Danos una vida limpia,
prepáranos un camino seguro;
para que, viendo a Jesús,
nos alegremos eternamente contigo.

Demos alabanza a Dios Padre,
gloria a Cristo soberano
y también al Santo Espíritu,
a los tres un mismo honor. Amén.

Salve, reina de los cielos

Salve, reina de los cielos
y señora de los ángeles;
salve, raíz; salve, puerta,
que dio paso a nuestra luz.

Alégrate, virgen gloriosa,
entre todas la más bella;
salve, oh, hermosa doncella,
ruega a Cristo por nosotros.

Salve regina

Dios te salve, reina y madre de misericordia,
vida, dulzura y esperanza nuestra;
Dios te salve.

A ti llamamos los desterrados hijos de Eva;
a ti suspiramos, gimiendo y llorando,
en este valle de lágrimas.

Ea, pues, señora, abogada nuestra,
vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos,
y, después de este destierro,
muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

¡Oh, clementísima, oh, piadosa, oh, dulce Virgen María!

Ángelus

℣. El ángel del Señor anunció a María.

℟. Y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo.

Dios te salve, María, llena eres de gracia; el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

℣. He aquí la esclava del Señor.

℟. Hágase en mí según tu palabra.

Dios te salve, María…

℣. Y el Verbo de Dios se hizo carne.

℟. Y habitó entre nosotros.

Dios te salve, María…

℣. Ruega por nosotros, santa madre de Dios.

℟. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

℣. Oremos.

Derrama, Señor, tu gracia en nuestros corazones, para que, quienes hemos conocido, por el anuncio del ángel, la encarnación de Cristo, tu Hijo, lleguemos, por su pasión y su cruz, a la gloria de la resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟. Amén.

Regina cæli

℣. Reina del cielo alégrate; aleluya.

℟. Porque el Señor a quien has merecido llevar; aleluya.

℣. Ha resucitado según su palabra; aleluya.

℟. Ruega al Señor por nosotros; aleluya.

℣. Gózate y alégrate, Virgen María; aleluya.

℟. Porque verdaderamente ha resucitado el Señor; aleluya.

℣. Oremos.

Oh, Dios, que has llenado el mundo de alegría por la resurrección de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, concédenos, por intercesión de su madre, la Virgen María, alcanzar los gozos eternos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟. Amén.

2. La fe cristiana

Credo niceno-constantinopolitano

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que

por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

Credo apostólico

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

3. Salmos y cánticos bíblicos

Salmo 22. El buen pastor

El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.

Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.

Salmo 50. Misericordia, Dios mío

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito, limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado.
Contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad en tu presencia.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.

Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

Oh, Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme.
No me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso.
Enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.

Líbrame de la sangre, oh, Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.
Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
El sacrificio agradable a Dios
es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú, oh, Dios, no lo desprecias.

Señor, por tu bondad, favorece a Sion,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.

Salmo 129. Desde lo hondo a ti grito, Señor

Desde lo hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica.

Si llevas cuenta de los delitos,
Señor, ¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón,
y así infundes temor.

Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor,
más que el centinela la aurora.

Aguarde Israel al Señor,
como el centinela la aurora;
porque del Señor viene la misericordia,
la redención copiosa;
y él redimirá a Israel
de todos sus delitos.

Cántico de los tres jóvenes (Dan 3,57.88.56)

Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor, ensalzadlo con himnos por los siglos;
cielos, bendecid al Señor; ángeles del Señor, bendecid al Señor;
aguas del espacio, bendecid al Señor; ejércitos del Señor, bendecid al Señor;
sol y lunas, bendecid al Señor; astros del cielo, bendecid al Señor;
lluvia y rocío, bendecid al Señor; vientos todos, bendecid al Señor;
fuego y calor, bendecid al Señor; fríos y heladas, bendecid al Señor;
rocíos y nevadas, bendecid al Señor; témpanos y hielos, bendecid al Señor;
escarchas y nieves, bendecid al Señor; noche y día, bendecid al Señor;
luz y tinieblas, bendecid al Señor; rayos y nubes, bendecid al Señor.
Bendiga la tierra al Señor, ensálcelo con himnos por los siglos.
Montes y cumbres, bendecid al Señor; cuanto germina en la tierra, bendecid al Señor;
manantiales, bendecid al Señor; mares y ríos, bendecid al Señor;
cetáceos y peces, bendecid al Señor; aves del cielo, bendecid al Señor;
fieras y ganados, bendecid al Señor; hijos de los hombres, bendecid al Señor.
Bendiga Israel al Señor, ensálcelo con himnos por los siglos.
Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor; siervos del Señor, bendecid al Señor;

almas y espíritus justos, bendecid al Señor; santos y humildes de corazón, bendecid al Señor,
Ananías, Azarías y Misael, bendecid al Señor; ensalzadlo con himnos por los siglos.
Bendigamos al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo; ensalcémoslos con himnos por los siglos.
Bendito eres en la bóveda del cielo: a ti honor y alabanza por los siglos.

Benedictus (Lc 1,68-79)

Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo, según lo había predicho desde antiguo por boca de sus santos profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian; realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres, recordando su santa alianza y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán

para concedernos que, libres de temor, arrancados de la mano de los enemigos, le sirvamos con santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, anunciando a su pueblo la salvación por el perdón de sus pecados.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz.

Magníficat (Lc 1,46b-55)

Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humildad de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia —como lo había prometido a nuestros padres— en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

Nunc dimittis (Lc 2,29-32)

Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz.

Porque mis ojos han visto a su salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos:

luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.

4. Plegarias

Alma de Cristo

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.
¡Oh, buen Jesús!, óyeme.
Dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas que me aparte de ti.
Del maligno enemigo, defiéndeme.
En la hora de mi muerte, llámame
y mándame ir a ti para que con tus santos te alabe,
por todos los siglos de los siglos. Amén.

Oración por la paz de san Francisco

¡Señor, haz de mí un instrumento de tu paz!
Que allí donde haya odio, ponga yo amor;
donde haya ofensa, ponga yo perdón;
donde haya discordia, ponga yo unión;
donde haya error, ponga yo verdad;
donde haya duda, ponga yo fe;
donde haya desesperación, ponga yo esperanza;
donde haya tinieblas, ponga yo luz;
donde haya tristeza, ponga yo alegría.

¡Oh, Maestro!, que no busque yo tanto
ser consolado como consolar;
ser comprendido como comprender;
ser amado como amar.

Porque dando es como se recibe;
olvidando, como se encuentra;
perdonando, como se es perdonado;
muriendo, como se resucita a la vida eterna.

5. Devociones

Bendita sea tu pureza

Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea, pues todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza. A ti, celestial princesa, Virgen sagrada María, yo te ofrezco en este día alma, vida y corazón. Mírame con compasión, no me dejes, madre mía. Amén.

Oración a la bienaventurada Virgen María de san Bernardo

Recuerda, bondadosa Virgen María, que jamás se ha oído decir que haya sido abandonado ninguno de cuantos han acudido a ti, implorando tu ayuda. Animado con esta confianza, acudo a ti, madre, Virgen por excelencia, y, arrepentido de mis pecados, me atrevo a presentarme ante ti. No deseches mis súplicas, Madre de la Palabra encarnada; antes bien, escúchalas y acógelas con bondad. Amén.

Santo rosario

Misterios gozosos (lunes y sábado)

1. La encarnación del Hijo de Dios.
2. La visitación de nuestra señora a su prima santa Isabel.
3. El nacimiento del Hijo de Dios en el portal de Belén.
4. La presentación de Jesús en el Ttemplo.
5. El Niño Jesús perdido y hallado en el templo.

Misterios dolorosos (martes y viernes)

1. La oración en el huerto.
2. La flagelación de Jesús atado a la columna.
3. La coronación de espinas.
4. Jesús con la cruz a cuestas camino del Calvario.
5. La crucifixión y muerte de Jesús.

Misterios gloriosos (miércoles y domingo)

1. La resurrección del Hijo de Dios.
2. La ascensión del Señor al cielo.
3. La venida del Espíritu Santo.
4. La asunción de María al cielo.
5. La coronación de María como reina y señora de todo lo creado.

Misterios luminosos (jueves)

1. El bautismo en el Jordán.
2. Las bodas de Caná.
3. El anuncio del reino de Dios.
4. La transfiguración.
5. La institución de la eucaristía.

Letanías de la Virgen

Señor, ten piedad.	Señor, ten piedad.
Cristo, ten piedad.	Cristo, ten piedad.
Señor, ten piedad.	Señor, ten piedad.
Cristo, óyenos.	Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos.	Cristo, escúchanos.
Dios, Padre celestial,	ten misericordia de nosotros.
Dios, Hijo, Redentor del mundo,	ten misericordia de nosotros.
Dios, Espíritu Santo,	ten misericordia de nosotros.
Santísima Trinidad, un solo Dios,	ten misericordia de nosotros.
Santa María,	ruega por nosotros.
Santa Madre de Dios,	ruega por nosotros.
Santa Virgen de las vírgenes,	ruega por nosotros.
Madre de Cristo,	ruega por nosotros.
Madre de la Iglesia,	ruega por nosotros.
Madre de misericordia,	ruega por nosotros.
Madre de la divina gracia,	ruega por nosotros.
Madre de la esperanza,	ruega por nosotros.
Madre purísima,	ruega por nosotros.
Madre castísima,	ruega por nosotros.
Madre siempre virgen,	ruega por nosotros.
Madre inmaculada,	ruega por nosotros.

Madre amable, ruega por nosotros.
Madre admirable, ruega por nosotros.
Madre del buen consejo, ruega por nosotros.
Madre del Creador, ruega por nosotros.
Madre del Salvador, ruega por nosotros.
Virgen prudentísima, ruega por nosotros.
Virgen digna de veneración, ruega por nosotros.
Virgen digna de alabanza, ruega por nosotros.
Virgen poderosa, ruega por nosotros.
Virgen clemente, ruega por nosotros.
Virgen fiel, ruega por nosotros.
Espejo de justicia, ruega por nosotros.
Trono de sabiduría, ruega por nosotros.
Causa de nuestra alegría, ruega por nosotros.
Vaso espiritual, ruega por nosotros.
Vaso digno de honor, ruega por nosotros.
Vaso de insigne devoción, ruega por nosotros.
Rosa mística, ruega por nosotros.
Torre de David, ruega por nosotros.
Torre de marfil, ruega por nosotros.
Casa de oro, ruega por nosotros.
Arca de la alianza, ruega por nosotros.
Puerta del cielo, ruega por nosotros.
Estrella de la mañana, ruega por nosotros.
Salud de los enfermos, ruega por nosotros.
Refugio de los pecadores, ruega por nosotros.
Consuelo de los afligidos, ruega por nosotros.
Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros.
Reina de los ángeles, ruega por nosotros.
Reina de los profetas, ruega por nosotros.
Reina de los apóstoles, ruega por nosotros.
Reina de los mártires, ruega por nosotros.

Reina de los confesores, ruega por nosotros.
Reina de las vírgenes, ruega por nosotros.
Reina de todos los santos, ruega por nosotros.
Reina concebida sin pecado original, ruega por nosotros.
Reina asunta a los cielos, ruega por nosotros.
Reina de santísimo rosario, ruega por nosotros.
Reina de la familia, ruega por nosotros.
Reina de la paz, ruega por nosotros.
Cordero de Dios, que quitas
el pecado del mundo, perdónanos, Señor.
Cordero de Dios, que quitas
el pecado del mundo, escúchanos, Señor.
Cordero de Dios, que quitas
el pecado del mundo, ten misericordia de nosotros.

℣. Ruega por nosotros, santa madre de Dios.

℟. Para que seamos dignos de las promesas de Cristo.

Oración

℣. Derrama, Señor, tu gracia en nuestros corazones, para que, quienes hemos conocido, por el anuncio del ángel, la encarnación de Cristo, tu Hijo, lleguemos, por su pasión y su cruz, a la gloria de la resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟. Amén.

Acto de contrición

Jesús, mi Señor y redentor, yo me arrepiento de todos los pecados que he cometido hasta hoy y me pesa de todo corazón porque con ellos he ofendido a un Dios tan bueno. Propongo

firmemente no volver a pecar y confío en que por tu infinita misericordia me has de conceder el perdón de mis pecados y me has de llevar a la vida eterna.

Índice

Presentación
Francisco Julián Romero Galván 7

Oración del jubileo
Francisco 9

Introducción
Mons. Bernardito Auza 11

Peregrinos de Esperanza
Mons. Luis J. Argüello García 19

Jesucristo, esperanza nuestra
Mons. José Rico Pavés 27

1. El testimonio del discípulo amado y el fundamento de la esperanza 29
2. Confesar con san Pablo: Jesucristo es nuestra esperanza 35
3. Obrar la misericordia para ver a Jesús 39

Conclusión: Madre de la Esperanza 43

Celebrar la fe de la Iglesia
Mons. José Leonardo Lemos Montanet 47

1. Celebrar un jubileo 47
2. La puerta santa 48

3. La peregrinación 53
4. Otras celebraciones litúrgicas en el jubileo 55
5. La indulgencia plenaria 58

Compromiso social del Jubileo 2025.
Dispuestos a cambiar el mundo
Mons. Jesús Fernández González 63
1. Fe, esperanza y amor caminan unidos 65
2. Signos y retos para la esperanza 67
3. Alentar la fe y la esperanza para transformar el mundo 76
4. Algunas propuestas esperanzadoras 78
Conclusión 79

Sobre la concesión de la indulgencia durante
el jubileo ordinario del año 2025 convocado
por su santidad el papa Francisco
Angelo Card. De Donatis
Mons. Krzysztof Nykiel 81
1. En las sagradas peregrinaciones 83
2. En las pías visitas a los lugares sagrados 84
3. En las obras de misericordia y de penitencia 86

Examen de conciencia 91
1. El pecado que daña nuestra relación filial con Dios .. 93
2. El pecado que daña nuestra relación fraternal con los demás 94
3. El pecado que daña nuestra libertad de hijos de Dios 97

Celebración penitencial 99
Lecturas..... 99
Examen de conciencia 102
Acto penitencial 102
Confesión y absolución individual 105
Acción de gracias por la misericordia de Dios..... 105
Bendición de los peregrinos 105

Proyecto social para el Jubileo 2025. Víctimas de trata de personas y explotación sexual y laboral
María Francisca Sánchez Vara..... 107
Signos de esperanza. «Peregrinos de Esperanza». Jubileo 2025 109
Materiales..... 113

Lectio divina del encuentro de Jesús con Zaqueo..... 115
1. *Lectio* 115
2. *Meditatio* 116
3. *Oratio* 119
4. *Contemplatio* 120

Apéndice oracional 121
1. Oraciones del cristiano 121
2. La fe cristiana..... 127
3. Salmos y cánticos bíblicos..... 129
4. Plegarias..... 135
5. Devociones..... 136

Editorial EDICE
Conferencia Episcopal Española
Edificio «Sedes Sapientiae»
c/ Manuel Uribe, 4 - 28033 Madrid
Tlf.: 91 171 73 99
Correo electrónico: edice@conferenciaepiscopal.es

Noverim me, noverim Te

JUBILEO
2025

¡ATRAVIESA EL UMBRAL Y DÉJATE GUIAR POR JESÚS!

EDICE editorial
Conferencia Episcopal Española

9 788419 797278